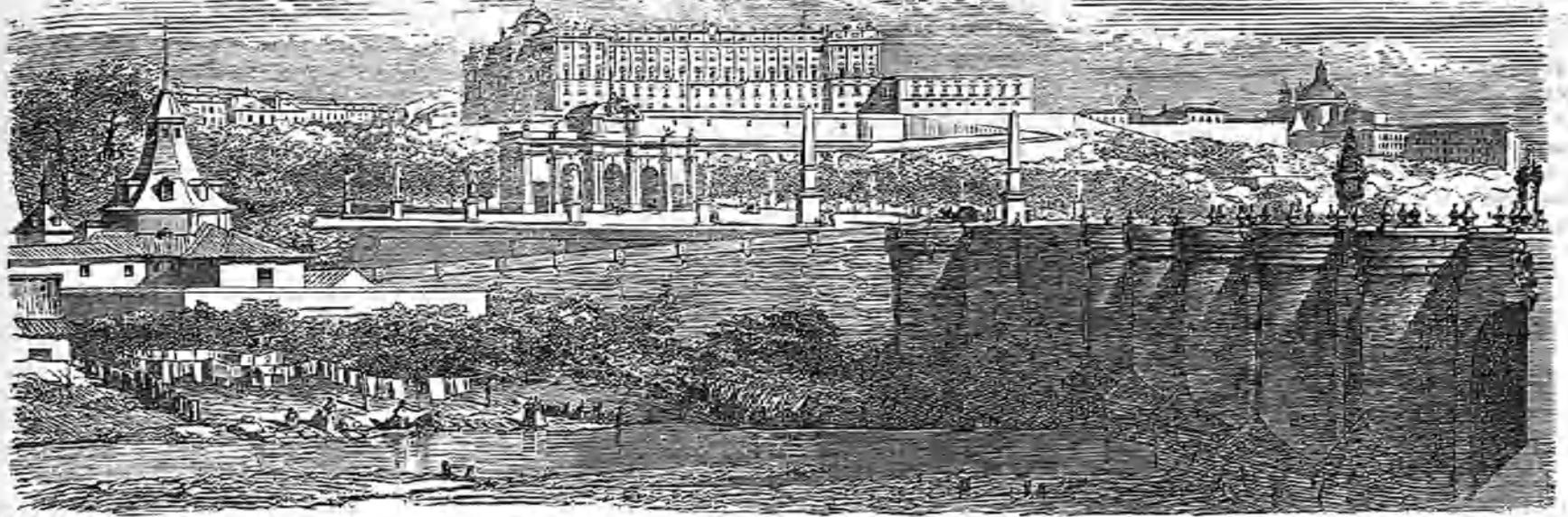


LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO II.

MADRID 15 DE SETIEMBRE DE 1871.

NÚM. 41.

SUMARIO.

TEATRO.—Advertencia.—Ecos, por D. Isidoro Fernandez Flores.—Proyecto ignorado de monumento á Cervantes, por D. Vicente Barvantes.—Historia de un desconocido (continuacion), por D. Antonio Hurtado.—A la ilusion (poesia), por D. B. Fernandez Miguel.—Inauguracion de la iglesia de Junquerás (Barcelona).—Descubrimientos de nuevos dolmenes celtas en Alaya, por D. Ricardo Becerra de Sotomayor.—Los Quijotes y los Sanchos, dialogo de ultratumba, por Ahrona.—Montseny.—Eugenia de Guzman, por D. Peregrin Garcia Codena.—Sillon de campaña del emperador Carlos V.—Bibliografía portuguesa, por G.—Excmo. Sr. D. Luis Gonzalez Brabo, por F.—La bendicion de la mesa, por G.—Naufragio de la fragata «Melbourne», por X.

CANSAJON.—Sillon de campaña del emperador Carlos V., fotografia de Laurent, dibujo de D. F. Pradilla.—S. M. Eugenia de Guzman, ex-emperatriz de los franceses, dibujo de D. A. Perea.—La bendicion de la mesa, dibujo de D. Valeriano Becerra, reproducción por el Sr. Laurent.—Esopo, cuadro de Velasquez, dibujo de D. Arturo Carvatero.—San Francisco, escultura de Alonso Cano, fotografia de Laurent, dibujo de D. A. Perea.—Inauguracion de la iglesia de Junquerás (Barcelona), croquis del Sr. Reventós, dibujo de D. J. L. Peltzer.—Excmo. señor D. Luis Gonzalez Brabo, dibujo de D. A. Perea.—Montseny, dibujo del mismo.

ADVERTENCIA.

Está en prensa el *Almanaque de LA ILUSTRACION DE MADRID* para el año de 1872, que se servirá gratis á los señores suscritores á nuestro periódico, y se pondrá á la venta al precio de 4 rs. cada ejemplar, el día 15 de octubre próximo.

Este Almanaque contendrá artículos y poesías de los más reputados escritores, y un buen número de grabados hechos sobre esmeradísimos dibujos de los primeros artistas que colaboran en LA ILUSTRACION, en cuyos grabados se ha procurado especialmente copiar con fidelidad los monumentos, ruinas y costumbres de Madrid.

ECOS.

Hace años, cuando mi corazón nacía á la vida del amor, me dejé prender en las redes de una hermosa. Ella y yo nos adorábamos: así al menos lo creíamos en-

tónces. Y no dado que sería cierto. Ello es, en fin, que sobrevino una corta ausencia mía, durante la cual yo, apasionado y celoso al mismo tiempo, encargué la custodia de la bella á un mi amigo de los que más confianza me inspiraban. Me quedé sin amigo y sin novia. El

mismo día de mi vuelta les leían en la parroquia la Epístola de San Pablo. Creí que avisado de los riesgos que corre el que se entrega á la amistad, no tendría nunca que lamentar hechos semejantes; pero hé aquí que mi importante salud reclama me ausente de la corte, interrumpiendo así mis tareas literarias de LA ILUSTRACION DE MADRID; y buscando un escritor que me reemplazara en ellas, me dirijo al mejor de mis amigos y le exijo en gracia de nuestro fraternal cariño que prescindiera en alguna ocasion de su gran ingenio y talento, y me sustituya en la confeccion de estos articulejos. Ofrecíamelo, no sin tener que rogarle para ello, y yo me fui tranquilo á tomar las aguas que en los Pirineos llaman buenas y que en España debiéramos nombrar caras en gracia del mucho dinero que nos cuestan. Es mi amigo, me decía yo pensando en mi sustituto, y hará todo lo posible por escribir sin el chiste y maestría que suelo. Lo contrario sería faltar á la buena amistad que de tan antiguo nos profesamos. ¡Fíese Vd. de los amigos! ¡Qué ingenio, qué inteligencia ha desplegado el ingrato! Vds., que han leído las dos últimas preciosísimas revistas de esta ILUSTRACION, digan con franqueza si no tengo motivo para poner el grito en el cielo! ¡Otra nueva ilusion que la amistad ha marchitado!

Confieso que si he podido perdonar á mi sustituto que me haya muerto al enristrar la pluma, no ha sido por las flores que ha esparcido sobre mi cadáver. Esos elogios son como la yedra, que no basta á ocultar el tronco seco que piadosamente cubre. He perdonado á ese falso amigo, porque entre el caudal escaso de erudicion que tengo en el mollo, conservo el recuerdo de aquella máxima que dice: *la buena amistad sabe perdonar los defectos.*

Yo perdono, pues, á mi amigo Fernandez Bremon el ser escritor de talento.



SILLON DE CAMPAÑA DEL EMPERADOR CARLOS V.

Y es lo ménos que debe hacerse con uno de esos amigos para los cuales parece haber escrito un poeta francés estos versos:

*Ces jouteurs qui tombent en bas,
Sont des amis les images fidèles;
Tandis que l'autre à bossein d'elles,
Elles se l'abandonnent pas.*

Bien al contrario de aquellos otros que sólo aparecen en los días de placer y abundancia, y los cuales, ha dicho no sé quién, son como golondrinas, que huyen de nuestro clima cuando el frío ha matado los insectos de que se alimentaban.

* * *

Los trenes del Norte llegan cargados de gente; los teatros anuncian las compañías de que disponen; los espectáculos al aire libre se encuentran faltos de público; en el Prado se cosechan catarros y pulmonías: todo anuncia el fin del verano.

A la vuelta de cada esquina se encuentra Vd. á un amigo que le pregunta qué baños ó qué aguas ha tomado Vd., y apenas oye el nombre del sitio exclama:

—¡En verdad que viene Vd. hecho otro! ¡Qué color! ¡qué robustez! Está Vd. más gordo, tiene Vd. el semblante más alegre y la voz más limpia, y hasta me parece—añade el preocupante si el recién llegado es chato—¡que le ha crecido á Vd. la nariz!

Esto sin perjuicio de que en la esquina opuesta de él bañista con otro conocido ménos peripicaz ó galante, que le encuentra tan seco y mistio como se fué, sin más voz que entonces y con las mismas uniconas.

Todo el que viene de bañarse en el mar ó en las termas de Albama, Arechavaleta, Elorrio, Vichy ó otras cualesquiera se crea tan invulnerable como lo fué Aquiles desde que se zambulló en la laguna Estigia. Así es que le hacen poca impresión moral las variaciones sanitarias que experimenta en su individuo durante la cuarentena, por ser, según dice, natural efecto de las aguas. Si se constipa, si tuse, si tiene jaqueca, si no tiene ganas de trabajar, si se pone triste ó alegre, si se le rompe una uña, ó se le caen los lentes, ó pierde un pleito, ó le suben el alquiler de la casa, todo ello, claro está, se debe á la influencia de las aguas minerales.

Durante la cuarentena abdicamos nuestra inteligencia y nuestro albedrío: somos juguetes de una fatalidad que rige nuestro organismo, haciéndonos pensar y obrar á su capricho. Yo espero que los legisladores han de reformar el código eximiendo á todo bañista de la responsabilidad de sus acciones durante el período perturbador de la cuarentena, como se hace con los niños y con los locos.

* * *

En vista de que el poder de la autoridad no es bastante á estirpar el juego, hay quienes proponen que se declare lícito, imponiendo una fuerte contribucion á esta nueva industria, reglamentándola y vigilándola. Más claro: proponen algunos que el gobierno sea el banquero.

Su proposicion es seductora, porque al fin la autoridad cobraría seguramente el harato bajo la forma legítima de contribucion. Si el proyecto ofrece inconvenientes, será únicamente por la dificultad de montar bien el servicio de vigilancia; pues como es tan difícil estar al lado del tapete verde sin sentir la fascinacion del oro, sospecho que en la primer guardia de monte ó de rísceta que hicieran los honrados individuos de la veterana, jugaban hasta el triconio.

Y es que cuando los vicios están arraigados en las costumbres, cuando revisten el carácter de pasiones, cuando la sociedad no los considera bajo el mismo criterio de las leyes, son estas inútiles y aun crueles.

Esta afirmacion que puede aplicarse al juego conviene más todavía á la preocupacion social del duelo.

Leo la siguiente noticia en un periódico:

«El duelo está prohibido en el ejército prusiano. Hace pocos días dos oficiales de guarnicion en una de las ciudades del Rhin se insultaron, y como no podian batirse convinieron en jugar la vida á los dados. El que perdió la partida se pegó un tiro.»

Las leyes, como se vé, no han bastado á evitar este duelo, no han hecho más que darle una forma extraña y terrible. El código prusiano tiene que declararse impotente ante el cadáver de un suicida que le sonríe con desprecio.

También en Inglaterra hubo un tiempo en que los duelos estaban prohibidos bajo pena de ser ahorcados los que se batieran.

Un oficial inglés que gozaba justa reputacion de militar valiente, fué desafiado por un caballero escocés á consecuencia de una ligera disputa.

Llegados que fueron al terreno, el oficial preguntó á su adversario si sabia por qué iban á batirse.

—Si, dijo el escocés, yo me bato por mi honor.

—No por cierto, exclamó, os batía por ese trozo de cuerda (y sacó uno del bolsillo) que espera al desdichado de nosotros que salga con vida de este empeño. Y ahora, prosiguió tirando de la espada, podemos empezar cuando os agrade.

El escocés, comprendiendo que, en efecto, lo mejor que podia ocurrirle de continuar el lance era morir ahorcado, renunció el duelo.

Pocas veces, sin embargo, se encuentran dos valientes tan razonables, y el duelo últimamente ocurrido en Prusia es evidente prueba de ello.

* * *

Después de mucho tiempo que las obras de Velazquez han yacido desconocidas en nuestros museos, el movimiento que el siglo ha impreso á las ideas y á las cosas, la facilidad de comunicaciones y la ilustracion, que se ha extendido á todas las clases sociales, han dado á Velazquez el verdadero puesto que entre los genios de la pintura le corresponde.

Ocultas sus obras en los palacios de nuestros reyes y poco esparcidas en el extranjero, fueron desconocidos su talento y su importancia. Hoy ya se le proclama por todos el pintor de la naturaleza. «Jamás artista alguno la ha seguido con mayor fidelidad, dice el insigne pintor inglés Wilkie; sus caballeros son tan naturales como sus rústicos; ni ha ennoblecido lo que era vulgar, ni ha impreso vulgar carácter á lo que era noble.» Velazquez ha sido comparado, como paisista, á Claudio; como pintor de escenas populares, á Teniers; como pintor de cacerías, á Sniders. «Sus retratos, ha dicho otro crítico inglés, sobrepasan toda descripcion y todo elogio: él pintaba el alma de sus modelos; viven, respiran, parecen que dejan el lienzo y salen del marco.» Ha sabido pintar el aire, decía Moratin.

Una de las joyas del gran maestro que posee nuestro Museo es el cuadro cuya reproduccion hoy aparece en las páginas de la ILUSTRACION DE MADRID, y conocido bajo el nombre de *Elapo*. Representa un viejo vestido con un saco pardo atado con un lienzo á la cintura, con la mano izquierda escondida en el pecho y en la derecha un tomo en folio, un pergamino, que apoya en el costado. Se vé en el suelo un cubeto roto y varios trastos.

Ante ese lienzo, lleno de color y verdad, la admiracion no deja al crítico espacio para preguntarse si Velazquez trazó aquella figura pensando en el célebre moralista frigio, tan colmado de favores por Creso y tan perseguido por los sacerdotes de Deífos.

—

Correspondiendo igualmente á sus propósitos de ofrecer á sus lectores copia de los objetos de arte más preciosos de España, da hoy LA ILUSTRACION DE MADRID un grabado de la escultura original de Alonso Cano que representa á San Francisco, magnífica obra de talla que se conserva en el tesoro de la catedral de Toledo.

* * *

El arte coreográfico habia muerto en España. De cuando en cuando aparecian en el escenario de nuestros teatros algunos bailarines de uno y otro sexo que movian las piernas con más ó ménos gracia y ligereza, pero sin elocuencia ni filosofía. Todo su mérito estaba en bailar, con cierta correccion y método, los mismos pasos que cualquiera de nosotros pueda ver gratis los domingos en la pradera del Canal, en Tetuan ó en la Virgen del Puerto. Al Sr. Rivas, empresario del Circo de Madrid, se debe la resurreccion de la olvidada coreografía.

Verdad es que no hay arte más caro que el susodicho. Sólo pueden brindarle proteccion los grandes capitalistas. Y aun hay ejemplos de muchos Cresos á quienes han arruinado las exigencias de un par de pantorrillas de mérito.

Las de la señorita Pinchiara son, al contrario, muy productivas para el ya opulento empresario de aquel Circo. La ilustre bailarina demuestra el abuso que hacemos de la lengua, sirviéndonos de ella para decir en nuestro idioma—sólo para nuestros compatriotas inteligible—lo que expresado con los pies sería universal-

mente comprendido. ¡Qué energía, qué claridad hay en sus silenciosas frases! Yo he visto á muchos mudos acudir al Circo de Madrid como á una cátedra de literatura y tomar allí lecciones de la elocuente bailarina perfeccionando el estilo de su especial lenguaje.

Con el *Respirito del mar y Flama* parecen agotadas ya la imaginacion y las fuerzas de los escenógrafos y de los bailarines.

Yo espero, sin embargo, que no serán estas maravillas coreográficas las solas que haya de ofrecernos el empresario del Circo de Madrid.

Difícil es adivinar hasta dónde podrá llegar el señor Rivas con las piernas de la señorita Pinchiara.

* * *

Desde que se abrió en Londres una cátedra de robo, se observan grandes modificaciones en el arte de despojar al prójimo.

Los ladrones hacen planos para minar los edificios, usan del cloroformo, leen la correspondencia de los particulares antes de que llegue al correo, aprovechan el telégrafo, detienen trenes ó viajan en coches de primera, queman las sentencias de los tribunales y los archivos de policía y horadan techos con auxilio de la química.

Este adelanto consolador prueba un progreso general en todas las carreras.

Por eso indignan los hechos aislados que interrumpen este cuadro magnífico, dando una triste idea de la ilustracion de sus autores. Me refiero al asalto que sufrieron hace pocos días en una calle céntrica varios caballeros, á quienes los ladrones apalearon á su sabor antes de arrebatarles sus relojes.

En una capital de reino se debe robar con más cultura, ó no robar: y es un atraso buscar uno á uno los relojes en los bolsillos de sus dueños, en vez de tomarlos al por mayor y de un golpe dentro de la fábrica.

* * *

Uno de estos días deben llegar á Madrid las obras de los pintores portugueses que han de figurar en la próxima Exposicion. La mayor parte de ellas han sido expuestas en la Academia de Bellas Artes de Lisboa, museo del vecino reino.

El Sr. Lupi tiene muy adelantado su cuadro *Amor materno*, el Sr. Cristino prepara la *Fuente de lágrimas*, el Sr. Berdalo, padre, concluye el *Lestar de D. Quijote*, más otros tres ya conocidos, y el Sr. Berdalo, hijo, da la última mano á un cuadro del que se hacen elogios.

Lleguen en buena hora las obras de nuestros hermanos de Portugal. Los artistas y el público de España harán justicia, desde luego, á las dotes de talento que indispuntablemente poseen sus autores.

* * *

El día 1.º, y con asistencia de todos los literatos, poetas y periodistas de París, se verificó el entierro del más popular de los escritores franceses, Paul de Kock.

Dícese que la destruccion de su casita ocasionada por la guerra, la pérdida de sus libros y de sus flores, el espectáculo de las desgracias y miserias que ha sufrido su patria le han conducido al sepulcro.

Extraño contraste. El que alegraba al mundo con su risa ha muerto de tristeza.

* * *

En el Jardín Botánico, según dice un periódico, se está ensayando el cultivo y beneficio del tabaco, con plantas sembradas de varias especies. Si los resultados corresponden, añade el colega, el gobierno podrá utilizar oportunamente esta mejora en beneficio de la Hacienda.

Con este motivo preguntaba un asiduo concurrente á uno de los guardas del Jardín:

—¿Qué opina Vd. de la reforma?

—Que aunque se plantase todo el jardín no produciría ventaja alguna al Estado.

—Hombre, pues yo creo lo contrario.

—¡Caf! No, señor... ¡yo y los compañeros fumamos mucho!

ISIDORO FERNANDEZ FLOREZ.

PROYECTO IGNORADO

DE

MONUMENTO A CERVANTES.

Sr. D. Mariano Pardo de Figueroa (Medina-Sidonia).

MUY APRECIABLE SEÑOR MIO: Obséquiamos en nombre de Vd. nuestro común amigo D. Eduardo Mariategui con el ejemplar 115 de su excelentísima *Draopiana* de 1859, y tomando tan á pecho como es razon, la justa advertencia que Vd. hace allí de que se le abuse el recibo tan siquiera, ya que Vd. imprime el libro á su costa y lo regala, por puro amor á Cervantes y obsequio al doctor Thebussem, no deber de cortesía, sino de conciencia en puridad es para mí el dirigirlle esta carta, por indemnización á tan bizarros y patrióticos gastos como los que Vd. incansable viene imponiéndose. Anuncia Vd. también que muchos se la regatean y aun se la niegan menguados, circunstancia oportunísima para que yo con más espontaneidad me apresure, que es un vivo placer el distinguirse en tiempos democráticos, principalmente en puntos de cortesía, de buena educación y de buena paga.

No lo encarezco tanto porque Vd. me lo agradezca doblemente, que si en antes hablé de la conciencia con cierto misterio, fué porque ella por dos partes me empuja y obliga en esta ocasión á departir con Vd. de cosas que toquen al inválido de Lepanto. Era ya para mí escrúpulo de conciencia no haber contribuido poco ni mucho á ese magnífico, á ese inmortal monumento, que para contemplación y asombro de la culta Europa está levantando Vd., jefe de la gloriosa pléyade de cervantistas modernos, á la fama del libro más bello y más profundo que ha producido la literatura profana universal; pero ¿qué piedra, ni qué grano de arena podía yo llevar á esa grande obra, pobre y errante naufrago de todas las playas, á quien los vientos arrojan sin cesar, de la poesía al periodismo, del periodismo á la política, de la política á la administración, sin consentirle en ninguna aolar ni trénga, para que retoñen sus ilusiones de poeta, si aún les quedare savia, que lo dudo, ó se maduren sus conocimientos de hombre estudioso, única cualidad que me atreví á poner en mis partidas de data, cuando hago la cuenta del tiempo que en el mundo llevo perdido, más oscuro cada día y más bajo en la balanza de mis deseos? ¿Cómo yo, pobre de mí, jornalero literario que con la azada al hombro he recorrido el universo buscando el pan de mis hijos, habia de consagrar mis escasas horas á la bellísima, pero infame tarea de labrar con los Pardos, con los Hartzenbuschs, con los Segorías, con los Benjamins, con los Tablans y con tantos artífices como en España y fuera de España tienen puesta la mano, la inteligencia y el corazón constantemente en ese pedestal, que grita al mundo á todas horas:

Quare l'atrasado poeta?

Ello es que su don de la *Draopiana*, dando á mi conciencia tortura, me ha puesto en el compromiso de rebuscar en el *mare-magnum* de mis apuntes y papeles algo nuevo que decir á un cervantista tan encopetado como Vd., algo que valga la pena de figurar en la gran biblioteca cervantina de Medina-Sidonia, donde llegué á noticia del insigne doctor Thebussem,—de quien tengo para mí que definitivamente ha trasladado sus tesoros artístico-literario-cervantescos á esa ciudad que hicieron famosa las desgracias de una reina, para formar con Vd., Sr. Pardo, un alma y dos cuerpos, cuyo corazón es D. Quijote.

No dice en balde un texto bíblico que el que busca halla, que yo hallé bien pronto, y á las puertas de Madrid y en un establecimiento público por cierto, un documento por demás peregrino y con asombro universal ignorado, siendo de ayer, como quien dice; documento que merecería largo comentario administrativo, literario y cervantescos...; pero aquí me asalta nuevo escrúpulo, que por intemperancias de mi vanagloria, harto inocente en verdad en materia de hallazgos de antiguallas, y por debilidades del gran carillo que á otro cervantista profeso, ofrezca parte en el tesoro, y ahora mi conciencia me pone en doble aprieto, que necesito de él y de todo él, para pagar mi deuda. Vd., Sr. Pardo, con su ingenio peregrino me saque de este apuro, que en agradecimiento á su *Draopiana* voy á quebrar la palabra que á otro cervantista di, y á menos que tercié el doctor Thebussem en el asunto, demostrando que éste es caso de fuerza mayor, pues aquí me obligan Cervantes y la gratitud y la horquilla del buen pagador, mientras del otro lado sólo media una imprudente palabra; yo no dudo que nuestro común amigo me sacará los ojos, para escar-

miento de rebusadores de antiguallas, que á unos las ofrecen y á otros las dan, como voto de este sufragio que ahora se usa.

El documento, en verdad, merece estudio por más de un título, que prueba que el hermano de Napoleón era hombre de rectas intenciones, y conocía y procuraba halagar los nobles instintos de nuestra raza. Yo me duelo de no poder presentarlo con todo el tropel de reflexiones y esclarecimientos que me inspira. Poder del genio de Cervantes! ¿Cuántas veces hojeando los cuatro tomos de las *Gacetas* de 1810 me habian parecido afirmas y vulgares tantas reformas útiles como el rey José I intentó en ese año, desde el establecimiento de la contabilidad del Estado, que á él se le debe, hasta la creación de la Bolsa y del Saladero, esos dos gemelos de la civilización moderna, y sólo he comprendido que obedecían á un nobilísimo plan al leer en el Archivo complutense unas minutas relativas á Cervantes, que son también de esa fecha! Falta será de juicio histórico, lo confieso, y sobra de pasión política, pasión estúpida, heredada de nuestros abuelos, que acaso perdieron á la patria por exceso de patriotismo; pero no he sentido una sola simpatía por el pobre Pepe Botellas, hasta que pude convenirme de que fué el primero que pensó levantar á Cervantes un monumento digno de su gloria.

Y sin embargo, repito á Vd., Sr. Pardo, aunque mejor que yo lo sabe, que este proyecto no fué el único digno de los que abrigó y aun puso en planta el hermano del vencedor de Marengo. Sin salir de ese año de 1810, único también en que pudo crearse un tanto asentado en su trono, ya por decreto de 19 de enero creó un *Conservatorio de artes y oficios*, organizándolo bizarramente, con tres directores que gozarían 40.000 reales de sueldo cada uno, obligados entre otras cosas, á publicar un periódico con el título de *Anales de las Artes*; organización que si no fué tan completa y bien entendida como la que después le dió Fernando VII en sus decretos de 18 de agosto de 1824 y 30 de mayo de 1826, para la penuria y agitación de aquellos tiempos no puede ménos de considerarse excelente, y aconseja la justicia reconocer á José I como iniciador de esta útil reforma, rectificando las especies del Sr. Mesonero Romanos, que por entero la atribuye al padre de doña Isabel II en un excelente *Manual de Madrid*, página 474.

Análoga injusticia padeció el ilustre historiador de la villa y corte respecto al Museo de pinturas, ántes que por Fernando VII decretado por el rey francés en el mismo año á que vengo refiriéndome, y con circunstancias que merecen imparcial elogio. Público y notorio es el furor artístico-mercantil que se había apoderado de los generales de Napoleón para llevarse á Francia nuestros cuadros, nuestras esculpturas, nuestras antigüedades más preciosas. Pues bien: en el momento en que la política y la guerra los hacían únicos sostenedores del efímero trono de José, árbitros de su poder exclusivos, expidió este una orden reservada prohibiendo severamente la exportación de objetos artísticos, y no contento con eso, en la *Gaceta* de 1.º de agosto la reprodujo con nuevas y más apremiantes fórmulas. Allí, en términos de oficial anuncio, se impone la pena de confiscación de los objetos artísticos al que de sacros de España trate, con una multa igual á su valor, y doblada si fuere reincidente, no olvidando por cierto á los conserjes y encargados de custodiar las ricas desamortizadas riquezas artísticas, malos españoles por desgracia, principales culpables de aquel triste saqueo, á quienes se impone individual responsabilidad, que con sus bienes y personas se haria efectiva. Pocos días después—el 24 de agosto—un real decreto establece ya el Museo de pinturas en el palacio de Buenavista, mandándole desembarazar de los efectos de la Real casa que lo ocupaban. Había de formarse con los cuadros de los conventos suprimidos, y los que para completar las diferentes escuelas de pinturas fuere preciso elegir en los palacios y Sitios reales. Los antecedentes de este decreto, que también se guardan en el archivo de Alcalá, son tan curiosos como tristes. Hombre entendido al parecer el que inicia el expediente—pudiera serlo D. José María Lanz, jefe de división en el ministerio del Interior, encargado del despacho de los asuntos durante la ausencia del ministro, marqués de Almenara, que acompañaba al rey en su campaña de la Mancha, según se anuncia en la *Gaceta* de 9 de enero,—hombre entendido, repito, y muy al cabo de los más menudos sucesos de aquella época, hace con grande valor declaraciones peregrinas para la historia de nuestras artes, entrecrujándolas en la voz del oficial ó auxiliar, dirigida al rey. Por él sabemos que en Buenavista, San Francisco el Grande, el Rosario y en casa del pintor Napoli se hallaban depositados los cuadros procedentes de la extinción de las Ordenes religiosas, en tal estado de abandono, que

este pintor, encargado de su custodia, podía cuatro mil reales mensuales para salvarlos de la humedad é ir poniéndolos marcos. Por él sabemos, que al decretarse la formación del Museo, echóse de ver la falta de muy preciosos lienzos, entre ellos la *Asunción* y los *Desposorios de Santa Catalina*, de Carreño, y *San Juan en el desierto*, de Moya, con cuyo motivo el subsecretario añade entre renglones:—«Se cree que V. M. los ha dado al general Sebastiani,»—y para formar la sala española, propone que se sustituyan con estos tres cuadros: *El marqués de Gravéla mandando una escuadra*, *Socorro de Cádiz por Fernando Giron*, de Caza, y *Socorro de Valencia por D. Carlos Coloma*, de Juan de la Corte. Por él sabemos asimismo, que para regalar al emperador de Francia una colección de cincuenta pinturas españolas, de orden del ministro del Interior formó Romero (sic) una lista, que aprobó José en Almagro, sin duda, de un gran número de lienzos donde habia de hacerse el escogido, depositándolos en San Francisco el Grande, y dando al efecto comisión á los pintores Maella, Goya y Napoli, que debieron (cosa extraña!) desempeñarla inhábilmente, pues habiendo pasado á examinar los cuadros los ministros de Justicia y Hacienda, que se hallaban en Madrid, con el superintendente de la real casa, parecióles mal el regalo, y se acordó que podían reemplazarse con otros cincuenta cuadros de la escuela sevillana, que *escasaban en la colección*, á cuyo fin la Superintendencia dió orden al gobernador del alcázar de Sevilla de que los entregase al Prefecto. Por él sabemos, en fin, que José había concedido al duque de Dalmacia seis cuadros, á elegir en los depósitos, que se le dieron, tres al general Desolles, que se le dieron también sin que apareciera nota de cuáles, y que á Palacio se habían llevado la *Magdalena*, del Ticiano, *Argelmedas* y *Pitágoras*, de Rivera, y *Nuestra Señora*, del Barroco. Con este motivo se indica en la nota que se habían desarrollado con extremo las aficiones artísticas de los franceses, y aun se censuran enérgicamente los manejos del tristemente célebre Mr. Quillet para acaparar pinturas españolas, cuya extracción del reino había sido necesario prohibir.

Otras noticias menudas se sacan de este expediente, como el número de cuadros desamortizados. La flor estaba en casa de Napoli, y eran doscientos cincuenta; en San Francisco el Grande, setecientos doce, que se califican de deshecho; siendo así que de ellos se había sacado el regalo para Napoleón, y en el Rosario ciento ochenta, traídos del Escorial. En los claustros bajos de aquel edificio de la calle Aneha se hallaban amontonados todos los libros de los conventos suprimidos, esperando la hora de pasar á la Biblioteca nacional. La guardia de estas riquezas la daban soldados franceses, circunstancia que recuerda el famoso verso latino:

¿Que buen guardia de ojeas hace el lobo!

En esta misma nota se propone para Museo el convento de las Salesas Reales, procurando hacer compatible la residencia y clausura de las monjas con el establecimiento de los cuadros, indicándose para resolver este difícil problema al arquitecto D. Silvestre Pérez.

* Mr. Frederic Quillet, hombre que pareció vomitado por el infierno para daño del Escorial, se habia presentado allí en 1807 demostrando notables conocimientos en bellas artes y grande entusiasmo por la obra de Felipe II. Dábanle por amigo del emperador y aun publicó un folleto titulado *Napoleón en España*, con que se hizo entre los germánicos gran partido, y pudo á mansalva estudiar las riquezas del monasterio, y aguar y apender paulatinamente el sitio donde se encontraban. Desapareció del Escorial cuando entraron los franceses en Madrid; pero fué para volver en 1809 provisto de una real orden, que le encargaba de trasladar á la corte todos sus efectos preciosos, excepto las alhajas. El vandalismo que aquel hombre desplegó en su cometido, escuda á toda ponderación. Hasta antes de hacer las estatuas de bronce del retablo, echándose al cielo una maroma. Al ver en el suelo á San Lúcar, cuántas que le decía: *Adios, señor don Lúcar, y nunca le habia de decir á usted que habia en el mundo un Federico que le amase á pesar por esos andurriales!* Daba tanta pena á los que desarmaron el famoso tabernáculo del altar mayor, obra de Jacometro, que se rompieron algunas pías y se perdieron otras. El probablemente robó el tabernáculo interior, que colocado primero en San Lúcar de Madrid, desapareció después para siempre. Pinturas, estatuas, libros de oro, todo lo empacataba con destino á Francia. Había día que cargó 300 carretas y 200 caballos. Gracia á D. Antonio Conde se salvaron los manuscritos de la Biblioteca, perdiéndose sólo algunas impresos. Los frailes también le pudieron escapotear varias alhajas. El precioso crucifijo de Beavento, no mutilado, como afirmó con error el señor Queredo en su *Historia del Escorial*, pág. 214, quedó allí por falta de carro que se atreviese á conducir tan enorme peso. Cuantos franceses y malos españoles se iban presentando á terminar la expoliación de aquel Museo, llevaban notas y apuntes que el infame Quillet habia sacado, abusando del cándido patriotismo de los tristes. Al fin le dió la Providencia el castigo que merecía. Llamado á París en 1810, y juzgado como reo de deslealtad al emperador, murió en la guillotina aquel malhechor.



S. M. EUGENIA DE GUZMAN, EX EMPERATRIZ DE LOS FRANCÉSES.

Excuso añadir, porque es muy sabido, que entonces, también por decreto de José, no se ocupaba un convento sin indemnizar á los propietarios, que es dato importante para la historia del socialismo, hijo bastardo de una desamortización mal hecha.

No de las ménos interesantes que contiene este legajo son otras dos minutas de *rè literaria*, que Vd., Sr. Pardo, holgará de que se las notifique, aunque retrase un tanto la cervantesca noticia. Por la primera se refunden las Academias de la Historia y de la Lengua en una sóla, que llevaria este último nombre, y cuyo instituto iba á ser—la redacción, corrección y aumento del *Diccionario*, crítica gramatical, la historia antigua y moderna de España, la conservación é ilustración de las anti-

güedades conocidas ó que descubra el tiempo,, etc., etcétera. No tendria número determinado de académicos, debiendo ser los primeros escogidos por el ministro del Interior, entre los escritores notables de Madrid y provincias. Se juntarian dos veces por semana. Gozarian de las mismas asignaciones y preeminencias que los antiguos, y á manera de artículo último del proyectado decreto se dice al final textualmente:

«Quedan nombrados por académicos los actuales individuos, que hayan hecho su juramento de fidelidad y obediencia á S. M.»

La otra minuta recordará á Vd., Sr. Pardo de Figueroa, un suceso de los buenos tiempos revolucionarios que alcanzamos. El expediente está completo. Lleva la

fecha de 20 de junio de 1810 y la firma del marqués de Almenara. Encabézalo un *sumario*, que hoy llamamos *reestracto*, así concebido:—«Se propone á V. M. la conservación de los monumentos y memorias sepulcrales de célebres literatos y artistas, y su traslación de los conventos suprimidos á las parroquias.»

Á un ligerísimo preámbulo, que nada ofrece de notable, sigue un decreto con cuatro artículos, de los cuales sólo copiaré el primero, que es el que nos interesa, pues los otros se limitan á hacer extensiva la medida á las provincias, y encargar su ejecución á los ministros de lo Interior y de Negocios eclesiásticos.—Dice, pues, el artículo:

«Las cenizas del inmortal Cervantes, que yacen en las



LA BENDICION DE LA MESA.

«Triciterias de esta espital, las del célebre político Saavedra Fajardo, en Recoletos, las del historiador de Méjico, Solís, en San Bernardo, las de D. Luis Salazar, en Monserrate, las de D. Jorge Juan, en San Martín, se trasladarán á las parroquias más cercanas.»

«No le parece á Vd., mi querido señor Pardo, oír por allá, por la desembocadura del Tajo, una voz que pide la palabra para una alusión personal... la de mi buen amigo D. Angel Fernandez de los Ríos, más venturoso en discurrir que en ejecutar, á quien deben nuestros hombres célebres haber sido paseados por Madrid en pagana flota, para trasladarse á San Francisco el grande, donde yacen desde entonces insepultos, quizá profanados y malbaratados por algún Mr. Quillet de nuestros días?... Á mi también me parece que Vd. se encuentra aludido en ese artículo del decreto, viendo marchar á Cervantes á la cabeza de la fila, como era razón, y ya reniega de mi tardanza en cumplirla el débito consabido.»

Terminado aparece el expediente del autor del *Quijote*, y á la verdad no alcanzo por qué perdió el camino de la *Gaceta*; redactado el decreto en dos maneras distintas, acaso á estas vacilaciones se debió que en proyecto se quedara. Aficionado Vd. á la filatelia y timbrología, de que ha hecho pomposo alarde en este mismo periódico, no me perdonaría la omisión de los sellos y signos del papel. Es este un pliego de hilo, del mismo tamaño y forma que nuestros decretos actuales. Á la mano izquierda, en letras titulares, ostenta un rótulo que dice MINISTERIO DEL INTERIOR, y enfrente á todo lo ancho del papel, un llamado *Sumario del decreto*, impreso también, que reza en letras de mano:

V. M. manda erigir á Miguel de Cervantes Saavedra un monumento en la casa en que murió.

(Impreso.) En nuestro palacio de Madrid á de junio de 1810.

Esta es, por decirlo así, la cubierta, el antedecreto que ahora autoriza el ministro respectivo. El decreto va en pliego aparte, llevando á la mano izquierda, impresa á modo de membrete, una advertencia peregrina, originada sin duda en el convencimiento de que el gobierno del rey intruso había de andar siempre fugitivo y como quien dice á salto de mata; y en el resto del papel á todo lo ancho, el encabezamiento en letras titulares, impresas también en forma parecida á esta:

DON JOSÉ NAPOLEON, POR LA GRACIA DE DIOS Y LA CONSTITUCION DEL ESTADO, REY DE LAS ESPAÑAS Y DE LAS INDIAS.

La expedición se ha enviado en nombre de ministro de

Visto el informe de nuestro ministro del Interior, hemos decretado y decretamos lo siguiente:

Artículo 1.º Se erigirá á Miguel de Cervantes Saavedra un monumento con su estatua, en el sitio que ocupaba la casa en que murió.

Art. 2.º El artista que presentare el mejor modelo de este monumento quedará encargado de su ejecución.

Art. 3.º El cuerpo académico á cuyo cargo estuviere cuidar de los adelantamientos de la literatura y lengua española, entenderá siempre en las ediciones de las obras de Cervantes, que como propiedad del autor serán perpetuamente destinadas á conservar éste y otros monumentos que se erigieren á su memoria. (Llamo la atención de Vd. sobre esa frase subrayada, que asimila de plano la propiedad literaria á la civil, bello ideal de todos los escritores.)

Art. 4.º Nuestro ministro del Interior queda encargado de la ejecución del presente decreto.

Piezo que esta minuta fué agena á la iniciativa del ministro, lo que acaso disculpa sus garrañales defectos, porque en pliego aparte y en letra al parecer del marqués de Almenara, hay esta otra minuta no menos curiosa: — «Si V. M. quiere honrar la memoria del inmortal Cervantes, sería bien, presto que nació en Alcalá de Henares, y que á esta ciudad debe España (sic) un hombre con quien tanto se honra, que en la plaza grande del mercado de aquella ciudad, delante de la parroquia de Santa María, donde fué bautizado, se erigiese una estatua á dicho Cervantes, que la costeasen todas las ciudades de España, exceptuando la de Alcalá, que debe ser exenta, y á quien las otras hagan este obsequio: al artista que presente el mejor modelo se deberá encargar la ejecución: la plaza es muy espaciosa y de muy buenos edificios.»

Y por último, doblado el papel en 4.º, en la primera cara, de la misma letra, se vé este croquis de decreto:

—en (sic) la plaza del mercado de Alcalá de Henares se erigirá una estatua á Miguel de Cervantes Saavedra.

—todas (sic) las ciudades de España (sic) contribuirán para costear este monumento.

—la (sic) ciudad de Alcalá, como patria de Cervantes, será exenta de esta contribución.

—el (sic) artista que presentare el mejor modelo de este monumento quedará encargado de su ejecución.»

He pagado, amigo mío, la deuda de la *Draopiana* de 1869, y en la moneda que más puede agradecer á Vd., y al doctor Thebussem. Sólo siento que no sea mía, sino robada al archivo de Alcalá; pero corre tan poca moneda buena y de ley en este mercado literario y ando yo tan misero, que he necesitado ingeniarla. Hasta el tiempo se lo he robado á otras ocupaciones y al estudio de esta magnífica biblioteca, creada por mi paisano Arias Montano, donde me ofrezco á las órdenes de Vd. y de su inseparable doctor cervantista, como su más afectísimo S. S. Q. B. S. M.

V. BARRANTES.

Escrital 12 de agosto de 1871.

HISTORIA DE UN DESCONOCIDO.

(Continuación.)

II.

Llegó por fin el sábado, lei las décimas y escuché la historia.

Hé aquí como me la contó el maestro zapatero.

—Yo debía empezar por decirte: «me llamo *Pulano de Tal* y he nacido en mejor ó peor condición.» Pero esto no hace al caso: eso sería pagar un tributo á la vanidad, y yo no quiero incurrir en ese vicio, según Platon.

He nacido en un país desdichado, muy desdichado. Dios había querido que fuese un gran país. Dotado de una vastísima extensión riegan sus campos rios caudalosos que cruzándolo en todas direcciones van á perderse en el mar. Su clima es templado, y los vientos que tienden sus alas por aquellas inmensas llanuras, purifican la atmósfera y la limpian de toda emanación deletérea. Pero la raza que puebla ese país, nacida de una rama de la gran familia de los armatas, por su contacto con los godos y los hunos, por sus guerras de dos siglos con los germanos, y más que todo por sus disensiones intestinas, ha llegado al través del tiempo á constituir un carácter clásico de tal naturaleza, que así se distingue por su bravura como por su humildad, por su espíritu servil como por el orgullo indomable de su nacionalidad.

No te haré aquí su historia á contar desde los primeros slavos que invadiendo las márgenes del Dniéper y del Vístula, vinieron á confundirse con los que se habían establecido á las orillas del Báltico. Unos y otros, unidos al cabo por la ley del cristianismo, fundaron la Slavonia de la llanura, cuyos habitantes fueron conocidos desde el siglo x con el nombre de *polacos*.

Antes de esta denominación común, los slavos que vivían en las márgenes del Báltico se llamaban *prusios*, *nos* y *latanos*. Más tarde, cuando sonó la hora de la descomposición para el reino de Polonia, una gran masa de su territorio entró á formar parte del continente prusiano, y los polacos que íbamos agregados á esta potencia, que algun día quizá se pondrá á la cabeza de los pueblos del Norte, perdimos hasta la denominación nacional para confundirnos con los *alemanes*.

Esto basta para explicarte el apelativo con que soy conocido. Y es que una vez perdida mi nacionalidad, perdido el apellido de mi raza, ¿qué me importaba llamarme *polaco*? ¿Qué me importaba considerarme descendiente de los *tarnowakis*, de los *zolkiewakis* ó de los *kentsepolakis*? ¿Qué me importaba pertenecer á cualquiera de las familias nobilísimas que han ilustrado nuestra historia en los tiempos modernos?

Hoy los hijos de Polonia debemos prescindir de nuestros nombres de familia: mientras más ilustres sean estos apellidos, más ignominia recae sobre aquellos que no han sabido defender su gloria, defendiendo la integridad de su territorio. Por eso cuando yo muera, sobre la lápida mortuoria que guarde mis cenizas, no habrá más que este epitafio:

Aquí yace un alemán.

Sería muy prolijo referirte las causas políticas que han traído á Polonia al estado lamentable en que hoy se encuentra. Cuando leas su historia, la historia de ese pueblo que no ha sabido ser republicano, ni monárquico; que nacido para la libertad y para el trabajo, cayó primero en la holganza y después en la esclavitud; cuando conozcas en detalles la historia de ese pueblo que apto para todo no ha querido ser labrador, ni in-

dustrial, ni guerrero, ni político; que aristócrata por instinto creyó que le bastaba la calidad de noble para vivir la vida de los pueblos más adelantados; que cuando conoces que en la hora del peligro no tuvo valor para defenderse, sino traición y cobardía para caer en la más desdichada de las servidumbres, entonces, y sólo entonces, comprenderás todo lo que hay de amargo en mi corazón y todo lo que hay de elocuencia en mi silencio.

Austria, Prusia y Rusia, concertaron la mutilación de Polonia, y Polonia fué mutilada por el tratado de 13 de setiembre de 1773.

En virtud de este infame convenio, Austria recibió el condado de Zips, la mitad del palatinado de Cracovia, una parte del de Sandomir, el palatinado entero de la Rusia roja y una gran parte de Belz, de Poarcia y de la Podolia.

La Prusia se posesionó de la Frusia polaca, excepto de Dantzick y de Torn, y aumentó además su territorio con el distrito de Netá de la gran Polonia. En cuanto á la Rusia, le fué adjudicada la Livonia polaca, los palatinados de Vitepsk y Mscislaw, la mitad del de Polotsk y una parte del de Minsk.

Algunos hombres de corazón, hombres de combate y de consejo, representantes de la antigua Polonia libre, honrada y orgullosa, intentaron una restauración que aún era tiempo de realizar. Mi padre, que ejercía algun ascendiente sobre aquellos hombres por su inteligencia y por su valor, quiso antes de llegar á las armas apelar á medios políticos para reconquistar lo perdido. Procuró despertar la opinión dando vida á instituciones más en armonía con la corriente de los tiempos; y en un proyecto de Constitución declaraba abolida la monarquía electiva, y convocaba una Dieta general en la cual debían estar representadas todas las clases del Estado.

En Targowitz se formó un centro de oposición á estos proyectos: la Rusia alentó esta oposición; Prusia renunció al protectorado que había ofrecido en favor de tales reformas, y á pretexto de que aquellas tentativas imprudentes sobrecitaban la opinión pública en son de guerra, las tres potencias amigas decretaron una nueva desmembración de Polonia. En virtud de tal decreto, Rusia se adjudicó nuevamente cuatro mil quinientas cincuenta y tres millas cuadradas con tres millones de habitantes; Prusia recibió otro lote de mil sesenta millas cuadradas, y Austria obtuvo una participación igual, dejando con esto reducido el territorio polaco á términos harto escasos con relación á sus primitivos límites.

¡Ah!... entonces Kosciusko y mi padre aprestaron sus lanzas y sus caballos de pelea. Mis hermanos, muy jóvenes todavía, casi salidos de la infancia, corrieron por todo el territorio libre llamando con el gomo de sus espadas á las puertas de los palacios de los próceres y á las de las humildes cabañas de los colonos; y con algunas legiones de combatientes mal organizadas se dió principio á una epopeya de gloria que duró dos años, al cabo de los cuales el número de enemigos triunfó del valor, del derecho y de la justicia.

Yo nací en el ostracismo varios años después, y al oír referir á mi padre aquella catástrofe, le vi llorar cien veces. Polonia cayó entera en poder de sus enemigos, y su territorio fué nuevamente desgarrado. Rusia pidió para sí ocho mil quinientas millas cuadradas en las cuales asentaba una población de un millón seiscientos mil habitantes. Prusia acotó con su espada un pedazo de terreno compuesto de dos mil setecientas millas cuadradas con una población de cuatro millones de habitantes, y el Austria se apropió otros cinco millones de almas acumuladas en el espacio de dos mil cien millas cuadradas.

Polonia quedó aniquilada. En esta última desmembración, perdió hasta la voz para quejarse: en ojos no tuvieron ya lágrimas que llorar, y Dios le dejó la vida de las esclavas para que expiara sus antiguos vicios en una prolongada agonía.

Las naciones que presenciaron esta horrible violación del derecho de gentes, se contentaron con exhalar quejas de compasión. Sólo Francia, más tarde, empujada por el genio de Napoleón, reanímó las esperanzas muertas de Polonia desfallecida.

Yo tenía entonces diez y seis años: mi padre había formado mi corazón contando esa historia continuamente; mi madre alentaba mi coraje cantándome al dormir los himnos guerreros de la patria, y mis hermanos, arrancándome de los bosques que yo frecuentaba en busca de pájaros, me enseñaban á regir un caballo y á manejar todo género de armas. Así es que cuando mi padre necesitó de mí, ninguno de mis hermanos mayores me aventajaba en destreza, en vigor ni en agilidad. Á todo correr de mi caballo recogía yo con la

punta de mi lanza las narajas que mis hermanos hacían rodar delante de mí con todo el ímpetu que les imprimían sus fuerzas hercúleas. Asaltado muchas veces y acorralado por todos ellos, me veía obligado á defenderme como si estuviera entre enemigos y tenía que desplegar todos los bríos de mi corazón y todos los recursos de mi agilidad. Con las bridas del caballo en los dientes, la espada en la mano diestra, al hacha del combate en la siniestra y los pies fuera de los estribos, ya paraba los tajos que mis hermanos me dirigían, ya cortaba las bridas de sus caballos, ya me deslizaba por un costado del mío para guarecerme debajo de su vientre, de modo que haciéndoles creer que había sido derribado, abrían el círculo en que me tenían encerrado, dando lugar á que mi caballo encontrara delante de sí mayor tierra que recorrer y más anchos horizontes que salvar.

Después de aquellos simulacros peligrosos mis hermanos me abrazaban con entusiasmo, y mi madre me besaba en la frente con un gozo que rayaba en delirio. Mi padre, severo siempre como la estatua de la tristeza, se contentaba con decirme: «Bien, hijo; estoy satisfecho de tí.» Yo, colocado desde entonces en la categoría de los hombres, tuve la libertad necesaria para permanecer los días enteros en los bosques, y entregarme al placer de conversar con los pájaros sujetándolos cariñosamente á mi dominio. Una noche, al fin, nos reunió mi padre á todos en torno del hogar, y después de los rezoos de costumbre, nos dijo:

—Benedicid á vuestra madre esta noche y dadla el beso de despedida, porque mañana ántes de que raye el alba pasará cerca de aquí con sus legiones el que ha prometido dar la libertad á los pueblos oprimidos, y es preciso que nosotros le ayudemos.

Mi madre se puso de pie á estas palabras, y mis quince hermanos mayores fueron uno á uno á besar respetuosamente sus manos temblorosas. Yo besé aquellas manos con los ojos llenos de lágrimas; mi madre notó mi enternecimiento, y con la frialdad de una espartana exclamó: «Traed la libertad de la patria, ó no volváis; porque si Polonia no es libre, á nuestro regreso no me encontraréis, ni encontraréis mi tumba; porque mis huesos mezclados en la fosa común de la aldea en que hoy vivimos, irán á confundirse en el osario del cementerio, para que nadie sepa que he sido madre de diez y seis hijos cobardes.»

Yo enjugué mis lágrimas súbitamente y abracé de nuevo á mi madre. En aquel rápido abrazo fué envuelto mi último adiós. Un latido extraordinario del corazón me dijo que no la vería más, y tuve que hacer un esfuerzo supremo para no caer desvanecido.

Á la mañana siguiente, ántes de rayar el alba, el general Dombrowski nos presentó á Napoleón Bonaparte, conquistador de Italia. Yo había oído hablar mucho de este hombre extraordinario y tenía vivos deseos de conocerle. Me había formado tal idea de él, que al verle de pie, ante las fogatas de un vivac, al considerar su corta estatura, sus carnes flacas, su rostro pálido y lampiño, su cabeza cubierta en un sombrero sin plumas, su cuerpo envuelto en un sobretodo sin bordados y sin insignias, cruzado de brazos, silencioso, frío, casi indiferente, estaba á punto de reírme de sorpresa y de incredulidad.

—¿Aquel hombre era el gran general? ¿Aquel hombre iba á libertar á los pueblos oprimidos?

Estas dos preguntas se formularon en mi cerebro instantáneamente; y cuando iba á dirigirles á uno de mis hermanos, el general nos miró atentamente, y encarándose con mi padre dijo:

—Caballero, los polacos son valientes, pero necesitan jefes cuyos nombres les sean conocidos. El vuestro es ilustre, y no menos ilustres son los de vuestros hijos, que han hecho sus pruebas en la campaña del 75. En Italia me han dejado satisfecho, y quiero estarlo también en las empresas que vamos á acometer. El general Dombrowski está encargado de dar á cada uno el mando de un escuadrón, seguro como estoy de que haréis lo que cumple á la gloria de Francia y á la libertad de Polonia.

El general nos despidió con una inclinación de cabeza, y mi padre se adelantó dos pasos á él en ademán de hablarle.

—¿Qué queréis? preguntó friamente el general.

—Señor, dijo mi padre: queremos ingresar de simples soldados. En esta humilde condición probaremos á los nuestros que cuando se lucha por la patria no se debe tener otra aspiración que la de vencer ó morir por ella.

El general se volvió á Dombrowski con la gravedad de un monarca y dijo:

—Pues bien, que cada uno de estos señores enseñe á un regimiento á batirse y á morir como deben morir los valientes.

Seguimos entonces sin replicar al general polaco que dispuso de nosotros á su antojo.

En cumplimiento de sus órdenes, conforme sin duda con las de Bonaparte, fuimos destinados á distintos regimientos y tuvimos que separarnos.

Mi padre nos abrazó y nos bendijo á todos diciéndonos estas solas palabras: «Acordaos de que vuestra madre espera.»

Últimas palabras que oí de sus labios! Más tarde, mucho más tarde, supe, de una manera bien singular y que referiré más adelante, su muerte acaecida en la batalla de Leipzig, yendo al lado del príncipe Poniatowski.

Ambos encontraron una misma tumba en las aguas del río Elster que intentaron atravesar.

También mis hermanos caparon unos tras otros en diferentes campos de batalla, excepto el mayor de todos, á quien vi por última vez en una jornada desastrosa para las armas francesas. Fué en España.

Luego te diré como ocurrió este encuentro inesperado.

Seis años de una guerra sostenida contra todas las potencias de Europa, no habían ofrecido ocasión, al ya emperador de los franceses, de intentar algo en favor de la infortunada Polonia. Alentada, sin embargo, por las promesas del coloso, Polonia le enviaba constantemente cuantos hijos llegaban á la edad de poder manejar las armas. El emperador, en cambio, los enviaba á morir á todas partes, pero nunca á morir en defensa de su libertad.

Yo penetré en España con las legiones polacas que invadieron su territorio, y el espectáculo que me ofreció un pueblo decidido á salvar su independencia, hiriéndome vivamente el corazón, me hizo juzgar de esta manera.

¿Qué es Napoleón? ¿Es el libertador de los pueblos oprimidos, ó es un espoliador de nacionalidades y de tronos?

Si es lo primero, ¿por qué no salva á Polonia?

Si es lo segundo y tal me lo hace creer la invasión de España, ¿por qué he de sacrificarle mi vida?

Entre Francia que oprime y España que se defiende, ¿cuál debe ser mi bandera?

Mucho tiempo trascurrió sin que yo me atreviera á contestarme definitivamente.

Dos cosas me retenían al lado de la Francia: una el afecto fraternal que me ligaba al conde de Pawlik, jefe de mi regimiento y amigo de mi familia, y otra el temor de hallarme alguna vez frente á frente del único hermano que me restaba.

El conde de Pawlik me dió un día la triste nueva de que aquel hermano había muerto también en la batalla de Talavera, y desde entonces formé la resolución de abandonar las huestes francesas. Yo me juzgaba criminal haviéndome contra un pueblo tan valiente y tan celoso de su independencia.

Durante algunos meses, mi regimiento permaneció en Extremadura, formando parte de la división que á las órdenes del general Le Foy debía operar en aquella provincia. En ese tiempo aprendí el idioma español y logré comunicar mis intenciones al patron de la casa en que estaba alojado.

Era éste un buen hombre, honrado labrador que abrigaba, según me dijo, la piadosa intención de darme sepultura en un pozo á la primera ocasión que yo le presentara. Pero como este procedimiento era conocido de los franceses, no nos dejábamos sorprender muy fácilmente, porque mientras unos dormían los otros velábamos y espíamos hasta los menores movimientos de las mujeres, cómplices siempre y ejecutoras muchas veces de aquellos asesinatos ímicos.

Cuando mi patron fué poseedor de mi secreto, se convirtió, de enemigo alienado y artero, en auxiliar eficaz y cariñoso.

—No temas ya, me dijo un día: no desconfes de nadie en este pueblo: todos te conocen, todos saben á qué nación perteneces y todos están dispuestos á ayudarte en tus intentos de fuga... Cuando quieras realizarlos, no fallará quien te conduzca y presente al general Castaños.

Yo agradecí este ofrecimiento, y aplacé mi paso al ejército español para un tiempo determinado y no lejano.

Desde aquel momento fué considerado entre los hijos del pueblo como un español más, si bien con la prudencia necesaria para no comprometer mi situación.

Una mañana, el eco del cañon no muy distante y el toque de los clarines que nos mandaba echar sillas y montar nos anunció que en las inmediaciones del pueblo se libraba una batalla entre españoles y franceses.

El conde de Pawlik me mandó llamar apenas salimos de nuestra residencia habitual, y me dijo:

—Tengo orden de cargar inmediatamente que entremos en línea. Presumo que la lucha va á ser ruda, y no quiero que te separes de mi lado mientras dure la acción.

¡El pobre abrigaba aquel día en su corazón el presentimiento de una catástrofe!

En efecto, ántes de que nosotros entrásemos en línea, los batallones y escuadrones franceses se batían en retirada. Los españoles habían aprendido á triunfar en Bailén, y los franceses empezaban á experimentar el desaliento de las derrotas.

Yo no sé lo que de súbito ocurrió, que la retirada se convirtió en fuga desordenada. Nuestro regimiento fué envuelto en aquel torbellino de polvo y de alaridos. En vano los jefes quisieron oponerse á un movimiento de terror que ponía espanto en los más animosos.

El conde de Pawlik cayó de repente á tierra, y un pelotón de ochenta ó cien caballos pasó sobre él con la rapidez del relámpago. Fué tan impetuoso el empuje, que en vano traté de abrir un círculo con mi lanza en derredor de aquel valiente.

Cuando pasó aquella ola de muerte, el conde de Pawlik hizo un esfuerzo supremo por incorporarse; cortó aún con mano fuerte las correas de un malecón que llevaba en el arzon de su caballo derribado también y medio muerto, y arrojándomelo vivamente me dijo:

—Para mis hijos.

Y se dejó caer sobre su caballo ya casi moribundo.

—Yo le tendí la mano para colocarlo sobre el mío, y el bueno del conde, ofreciéndome su diestra, murmuró: «Es tarde.»

Y lanzando un doloroso gemido, espiró. Tenía destrozada la cabeza. Yo me apoderé de aquel depósito sagrado, y espolé vivamente los ijares de mi caballo, pues sentía tan cerca de mí las puntas de las lanzas enemigas, que el estallido que producía el viento al asudir las banderolas sonaba en mis oídos como un jay! prolongado de muerte.

El toque de alto dado por los clarines contrarios vino á salvarme de una muerte segura. Merced á esta circunstancia pude penetrar de nuevo en el pueblo que nos había visto salir por la mañana ufanos y contentos.

El pueblo estaba solitario como un cementerio: las puertas y las ventanas se hallaban cerradas herméticamente, y sólo estaba abierta la casa de mi patron, que salió al punto que oyó mis voces y mis repetidos golpes de lanza.

—¿Qué sucede? me preguntó vivamente.

—Toma, le dije, arrojándole el malecón del conde, y guarda eso. Si dentro de tres años no he vuelto, todo lo que haya dentro es tuyo.

—¿Quieres quedarte hoy entre nosotros?

—¿Cómo puede hacerse sin peligro? le pregunté yo. El enemigo debe estar á las puertas del pueblo, y ya sabes que para nosotros no hay cuartel.

—Pues sigue la carretera adelante, y cuando encuentres un puente de madera que á la izquierda del camino abre paso á un monte que se dilata por más de dos leguas al borde de la carretera, penetra en el monte sin miedo, que allí encontrarás gente amiga que te ampara.

Yo estreché la mano de mi patron silenciosamente, y saqué de nuevo á mi caballo.

Una hora después había dejado de pertenecer al ejército de Napoleón, y la bandera española me cobijó bajo sus pliegues.

(Se continuará.)

ANTONIO HURTADO.

Á LA ILUSION.

Fantástica ilusión, ser misterioso
Que ahagas al feliz y al triste allentado,
Y al artista en sus sueños presentas,
Y turbas placenterá su reposo;
Vision que nos fascina, ardiente y loca,
Múltiple en formas, en colores ricas,
Aparición fugaz que el hombre evoca,
Cuya causa y origen nadie explica;
¿Quién dió ser á tu ser, forma á tu esencia?
¿Quién te ha dotado de color y vida?
¿Quién hace tu presencia
Tan deleitosa, encantadora y grata,
Que á tu vista su pena el hombre olvida,
Desparece el pesar que le arrebató,
Y contempla asombrado un claro cielo,
Trociéndose en placer su triste anhelo!
Creación misteriosa, ¿quién te anima?
¿Eres obra del Dios que me ha creado,



ESOPHO.—CUADRO DE VELAZQUEZ.



SAN FRANCISCO.—ESCULTURA DE ALONSO CANO.

Quien al suelo de lágrimas te lanza,
 A fin de que el dolor no nos oprima;
 Ó vision prematura de otro clima,
 De otro mundo perfecto y acabado,
 Hermosísimo edén de bienandanza,
 Donde el bien sin temor es contemplado,
 Donde no nos aguija la esperanza,
 Donde existe eternal cuanto deseo,
 Paraíso de amor, cénica gloria,
 Y anticipas, brillando, su memoria?
 ¿Ó acaso devaneo,
 Vana ficción de la extraviada mente,
 Que de formas bellísimas te viste?
 ¿Puede tal vez crear lo que no existe
 Del hombre frágil el deseo ardiente,
 Trocando en más feliz su estado triste?

No conozco, ilusión, cuál es tu origen,
 Ni las leyes que rigen
 Tu aparición fugaz y peregrina,
 Ni el giro misterioso
 Que trazas, ni la luz que te ilumina
 En medio del vacío tenebroso;
 Mas te veo flotar en los espacios,
 Brindándome contentos y ventura;
 Contemplo tus magníficos palacios
 De extraña y sorprendente arquitectura,
 Donde el hombre el placer tranquilo apura;
 Tú los abzas en mágicas regiones,
 Esplendentes, fantásticos, brillantes,
 De inmensas, colosales, proporcionadas,
 Y en nada á los terrestres semejantes.

Ostentas en tus vegas abundosas,
 Alamedas fresquísimas, umbrosas,
 Y lozanos vergeles y jardines;
 Más esbeltas, gallardas y olorosas
 Que nuestras flores deleznales, ruines,
 Allí se miran caprichosas flores
 De variados y espléndidos colores;
 Allí contemplo lagos cristalinos,
 Y fuentes de purísimos raudales,
 Y arroyos serpeadores, peregrinos,
 Y llanuras, y montes desiguales,
 Y aves que me arrebatan con sus trinos,
 De melódicos sonos musicales,
 Y pájaros que, alegres y felices,
 Ostentan de sus plumas los matices.
 Allí el blando zumbido
 De insectos mil de sonorous alas,
 Variadas en metálicos cambiantes,
 En mis sueños me arrulla; embobecido
 Contemplo allí las galas
 De animales esbeltos y arrogantes,
 Que ora tímidos corren, ya se paran,
 Ya atisbando á su amor con él se encaran.

Tú muestras, ¡oh ilusión! en tus esferas
 Un mundo de bellezas y placeres,
 De no aferran las fieras,
 Ni nos llenan de horror monstruosos seres.
 No tienda allí jamás la noche umbría
 Su manto que el dolor nos reproduce;
 Allí perenne, multiforme, luce
 La eterna claridad de un bello día;
 Allí fulguran soles á millares,
 Que difunden espléndidos colores,
 Sin que ofenda la luz, ni los ardores
 Que irradian de tan claros luminares.
 Si allí cruzá una nube,
 Cual cénico querube,
 Se agita trasparente;
 Y un céfiro sutil y deleitoso,
 Que vaga con rumor por el ambiente,
 Impide, ilusión grata, que ardoroso
 Tu plácido calor seque mi frente.

Y en medio de tus cielos nacarados,
 Sobre tus altos montes, tus llanuras,
 En tus cármenes, vegas y collados,
 Me presentas fantásticas figuras,
 Misteriosa ilusión; y mil placeres
 Me brindan amorosas,
 Bellísimas, ádreas, vaporosas,
 Con formas de hermosísimas mujeres.
 Cuando tal vez insomne sobre el lecho,
 En medio del horror de noche umbría,
 Palpita ansioso el afligido pecho
 Y exhala su dolor el alma mía,
 Surgen en formas varias,
 Me halagan, me acarician y me nombran,
 Y en marchas ora iguales, ya contrarias,
 Y en giros y en retornos,
 Rápidas en moverse, ora me asombran,
 Ora me deleitan, ya decrecen,

Ya se borran sus formas y contornos,
 Ó ballas y gigantes reaparecen.

¡Oh mágica ilusión! tú me deslumbras,
 Mostrándome las vólicas visiones
 Que pueblan tus fantásticas regiones.
 Si en tus alas me encumbra,
 Y me baña tu luz clara y serena,
 Atónito estupo mi alma enagena,
 Mi pena y mi dolor se desvanecen,
 Me circuyen las dichas y venturas,
 Las personas queridas aparecen,
 Cual si un poder oculto las llamara
 Y abriese sus heladas sepulcros
 Con santa evocación mágica vara.
 En medio de mi pena y sufrimiento
 Mi inerte desaliento
 Reviviendo sacudo; los amores,
 Que un tiempo me arrullaron, acacicio;
 Más puro se levanta el sentimiento,
 Más alta aspiración mi alma arrebatada,
 Mi espíritu comprende el sacrificio
 Y la vida fugaz no agobia ingrata.

Y ¡cómo no, ilusión! cuanto deseo,
 Cuanto sueña mi ardiente fantasía,
 Cuanta dicha y venturas entreveo,
 Cuanto gozo y placer el alma ansía,
 Cuantos bienes forjaron mis antojos,
 Cuanto busca anhelosa mi esperanza,
 Tú me ofreces risueña en lontananza,
 Tú me muestras logrado ante mis ojos.
 ¿Qué me importa saber quién te engalana
 Con tantos atractivos y primores?
 ¿Qué me importa saber de donde emana
 La luz que te reviste de esplendores?
 ¿Qué me importa saber quién te da tintas,
 Quién presta su matiz á tus colores,
 Ni dónde están los mundos que me pintas,
 Si contemplo los fúlgidos cambiantes
 De tus cielos purísimos, azules,
 Que nubes nacaradas y brillantes
 Cruzan ligeras, cual rosados tules?
 ¿Qué me importa saber de dónde tomas
 Esas bellezas mágicas que ostentas,
 Ni por dónde te ocultas y te asomas,
 Ni de qué astros ó soles te alimentas?
 ¿El hombre sus pesares
 Podría soportar en esta esfera,
 Donde ruedan las lágrimas á mares,
 Si un mundo, aunque fugido, no entreviera,
 De un instante siquiera sea dichoso,
 Sus fuerzas recobrando en el reposo?

Ilusión misteriosa y peregrina,
 Ya seas creación de mi deseo,
 Ya inspiración divina,
 Ya fulgente reflejo de la gloria,
 Ya caprichoso antojo y devaneo,
 Ya aparición fugaz y transitoria,
 Me sostienes y alientas; te bendigo;
 Y apegado á mi engaño y mi demencia,
 Te quiero contemplar, vivir contigo;
 Reconozco tu ser y tu existencia;
 Y ahogando mis pesares y quebranto,
 Calmando mis angustias y mi duelo,
 Tu poder misterioso alegre canto,
 Y á tí quiero elevarme en rauda vuelo.

B. FRANCISQUEZ MIGUEL.

INAUGURACION DE LA IGLESIA DE JUNQUERAS.

(BARCELONA).

El Sr. D. Eduardo Reventós, que nos favorece frecuentemente con su ilustrada colaboración, nos ha remitido un croquis de la inauguración de la iglesia de Junqueras, sobre el cual otro artista catalán, el Sr. Pelliçer, ha hecho el dibujo que verán los lectores de *La Ilustración* en la página 268.

De cualquiera manera que se considere la reconstrucción de un templo en los demolidores tiempos que corren, ya sea bajo el punto de vista religioso, ya sea bajo el punto artístico, el acontecimiento que nos ocupa es tan importante que no podía dejar de llenar un lugar preferente en nuestro periódico.

La inauguración de este antiquísimo templo se ha verificado con la solemnidad debida; y deseando que los suscritores de nuestro periódico no carezcan de las más interesantes noticias que han dado á luz los que la presenciaron, nos ha parecido conveniente tomarlas del ilustrado *Diario de Barcelona*, que es, entre todos los

órganos de la prensa, el que ha dedicado más atención y más espacio á este acto imponente y consolador.

Días de júbilo fueron el 14 y el 15 de este mes para los vecinos del ensanche de la derecha del paseo de Gracia en la ciudad de Barcelona, y motivo tenían para regocijarse por cuanto vieron satisfecha una de las necesidades más apremiantes de toda población civilizada: la bendición é inauguración de su reconstruida iglesia parroquial, tan anhelada y con tanto celo como desinterés llevada á efecto.

El templo inaugurado y reconstruido en la encrucijada de las calles de Lauria y de Aragón, levantóse en el siglo XIII para las religiosas Comendadoras de Santiago, cuyo convento se construyó en 1239. La denominación de *Junqueras* que llevaba el monasterio y que conservan aún las calles y plazas inmediatas al solar que ocupaba, proviene del sitio donde se fundó el primer convento.

Hé aquí en qué términos resume la historia el autor de *Barcelona antigua y moderna*, D. Andrés Avelino Pi y Arinçón:

Doña María de Tarrasa y otras personas de Barcelona deseaban tener un lugar apropiado para fundar cierto monasterio de monjas, y habiéndolo solicitado del obispo D. Berenguer de Palou, éste, ansioso de cooperar al logro de tan laudable intento, el 1.º de abril de 1214, con beneplácito del cabildo de la catedral, les dió la iglesia de San Vicente de Junqueras, en el territorio del Valles, de la bailía de Tarrasa, junto al pueblo de Sabadell, con todo lo perteneciente á su parroquia. En aquel lugar fué fundado luego el convento de religiosas bajo la regla de San Benito.

Pasados algunos años lo dotó y enriqueció mucho doña Garcenda, condesa y vizcondesa de Bearnó, y señora de Moncada y Castellví.

Se cree que á petición de la misma el obispo les mudó en 13 de marzo de 1333 el instituto de San Benito en la regla de la orden de la Fé y la Paz (*Fidei et Pacis*), con condición de que el comendador ó maestro de la misma, la abadesa ó priora y las monjas, le prestasen canónica obediencia á él y á sus sucesores.

Por razones que no alcanzamos, estas religiosas se trasladaron en 1669 al monasterio de Barcelona, sito en la calle de su nombre, en que residieron hasta el principio de este siglo, cuyo edificio ha conservado siempre el título del en que fué sustituido antiguamente su comunidad.

También se pasaron después de la orden de la Fé y de la Paz á la de comendadoras de la real y militar de Santiago. Podían por su instituto salir de la clausura y aun contraer matrimonio.

Apoderadas de Barcelona las tropas francesas, obligaron en 30 de agosto de 1808 á las comendadoras á desocupar parentoframenta el convento para establecer en él un hospital militar. Parece que los españoles lo aprendimos de ellos, pues desde entonces se puede decir que el monasterio de Junqueras ha tenido siempre la misma aplicación.

Sin embargo, aunque sus religiosas fueron suprimidas mucho tiempo atrás, la iglesia ha permanecido siempre abierta á la devoción pública.

Desde la excomunión de 1608, la iglesia de Junqueras apenas tenía destino especial; en las festividades más notables asistía el clero de San Juan de Jerusalén, hasta que en 1667, al hacerse el arreglo de las parroquias de la diócesis, fué cedida para iglesia parroquial de la feligresía de la Concepción y Asunción de Nuestra Señora, recientemente creada en el ensanche de Barcelona, que comprende el caserío que hay á la derecha del paseo de Gracia, y su primer cura párroco fué el que lo era de Mollat, el reverendo D. Eduardo María Vilarasa, y que hoy se halla aún al frente de la parroquia.

Al poco tiempo de creada ésta vino la revolución de 1868, y entre los edificios cuyo derribo decretó la Junta Revolucionaria, figuraba este monumento del siglo XIII. En vano el reverendo cura párroco y feligreses, la comisión de monumentos artísticos é históricos de la Academia de Bellas Artes y otras corporaciones apuraron todos los medios para evitar la demolición; la piqueta destructora empezó su tarea y no cesó hasta arrasarlo todo. Lo único que se consiguió fué que se pudiese algún cuidado, no todo el necesario, en el derribo de la iglesia de Junqueras, que se permitiese numerar las piedras, y que los feligreses del ensanche pudiesen llevarse las y depositarlas en un terreno apropiado, el mismo donde se halla reconstruido hoy el templo, junto á los Campos Eliseos, que con condiciones ventajosas les cedió la Sociedad catalana general de crédito.

Ofrecióse D. Jerónimo Granell, ilustrado maestro de obras é individuo de la junta de fábrica de la parroquia, á llevar á cabo la reconstrucción de la iglesia; y en unión

de su compañero el maestro de obras Sr. Robert levantaron con asombrosa rapidez los planos hasta en los más minuciosos detalles, destinando una persona inteligente de su completa confianza, que con un celo digno de todo elogio, numeró y clasificó las piedras á medida que se derribaban las bóvedas y paredes, y ha estado al frente de los operarios para su colocación al volverlas á construir.

El día 29 de junio de 1869, fiesta de San Pedro, el excelentísimo é Ilmo. Sr. D. Pantaleón Montserrat y Navarro (Q. E. P. D.), obispo que fué de Barcelona, colóquese con toda solemnidad la primera piedra en el ángulo que forma con el presbiterio la última capilla, y nombra una comisión especial encargada de allegar recursos y llevar á cabo la reconstrucción. Las obras han tenido que suspenderse dos veces por no tener reunidas las cantidades necesarias; pero una vez conseguidas, en pocos meses se ha terminado todo el interior del templo hasta dejarlo en disposición de prestar el servicio necesario para el culto, si bien faltan las vidrieras de colores y otros accesorios indispensables. Unas y otros, lo propio que las demás obras que hay que realizar, podrán hacerse ahora con calma, á medida que se vayan reuniendo donativos, hasta dejar terminada por completo la iglesia, con su torre, sacristía, claustro y casa rectoral que hay proyectadas, tal cual corresponden á la importancia histórico-artística del monumento y á la de la parroquia que ha costado la reconstrucción.

Para conmemorarla se ha acuñado una medalla que tiene en su anverso una bella imagen de la Inmaculada Concepción, rodeada de esta inscripción: «La piedad y el amor al arte cristiano salvaron de la ruina el templo de Junquera, edificado en el siglo XIII, trasladándolo al ensanche de Barcelona-1869-71.» En el reverso se vé en perspectiva por el chafan de la calle de Lauria y de Aragón el templo con su torre, el claustro y la casa rectoral. La idea y dibujo del anverso es debido á D. Francisco López Fuhr y el del reverso al director de las obras de reconstrucción D. Jerónimo Granell. Esta medalla, del tamaño de las piezas de un escudo aproximadamente, ha sido grabada por el artista D. José Luis Cardada y acuñada en el establecimiento del Sr. Fen. Los ejemplares que se entregaron á las personas que han contribuido á la reconstrucción de la iglesia ó á las funciones de inauguración, lo propio que las que se expenden al público, son de cobre plateado. El producto de la venta se destinará á cubrir los gastos que ocasione la terminación de las obras.

En la bendición de la iglesia, que tuvo lugar el 14 del pasado mes de agosto á las seis de la tarde, fué sacerdote celebrante el muy Ilmo. Sr. D. Juan de Palau y de Soler, vicario general, gobernador eclesiástico de la diócesis, Sede vacante, siendo asistentes el señor canónigo penitenciario y el señor secretario del obispado. Durante la bendición del interior los cantores de la capilla de música de la catedral con acompañamiento de armonium y contrabajos cantaron un salmo y el Miserere, alternando con el claro, del que formaban parte tres sochantres y muchos eclesiásticos, entre ellos los cura-párrocos de las parroquias vecinas.

La música cantó el *Te Deum*, y el claro y el pueblo la *Salve Regina* á canto llano y armonium.

La concurrencia era tan inmensa que no cabía en el templo apesar de su capacidad, pareciendo que todos los vecinos de aquella parte del ensanche se habían reunido en su nuevo templo parroquial. La ceremonia terminó á las ocho de la noche.

Al día siguiente á las diez de la mañana empezaron los divinos oficios, estando el templo decorado con sencillez y gravedad, y á las seis y media de la tarde tuvo lugar la procesion para trasladar el Santísimo Sacramento desde la capilla que interinamente ha servido de iglesia parroquial hasta la iglesia nueva. Abrieron la marcha cinco municipales de caballería, vestidos de gala, y los timbales de la ciudad. Antes de los pendones de niños iba un buen número de niñas de corta edad, vestidas de blanco que acompañaban la imagen de la inmaculada Concepción, que se veneraba en el altar mayor de la citada capilla, llevada aquella en andas por cuatro monacillos. Detrás marchaba la escolanía de la Merced cantando el *Ave Maria Stella*. Después de cuatro pendones venía el principal á cargo del señor alcalde primero don Francisco Soler y Matas, que llevaba un lacido y númerooso cortejo, del que formaban parte la oficialidad de los buques de guerra surtos en este puerto y la guardia civil, muchos amigos suyos, los empleados de las casas consistoriales y del Gobierno de provincia y una seccion del cuerpo de bomberos.

La Custodia fué colocada en el tabernáculo, y ésta era llevada por cuatro sacerdotes: detrás del púlpito hacia de

preste el M. I. señor gobernador eclesiástico, asistido por los mismos canónigos que el día anterior, yendo delante del púlpito varios párrocos con capas pluviales. Cerraba la procesion la ilustre Junta de fábrica, presidida por el párroco, y detrás marchaba el piquete de honor con su banda de música. Tres habia en la procesion, sin contar con la citada escolanía ni los cantores de la capilla. Las calles del tránsito estaban adornadas con damascos y por la noche se iluminaron con hachas de cera y vasos de colores, mereciendo especial mencion los pasajes de Permanyer y de Mendez Vigo.

Réstanos añadir que ni la iglesia ni las construcciones á ella anejas están acabadas, como ya hemos indicado, por lo cual el dibujo no parece presentar el aspecto pintoresco que ofrecerá el conjunto de la obra con su torre y demas accesorios.

La fachada lucirá una estatua de la Virgen, y el claustro, una vez terminado y edificado su piso alto, será tan gallardo como bello.

La torre-campanario, á juzgar por los planos que hemos visto, recordará la sencilla y característica que desapareció al derribarse el antiguo templo de San Miguel, demolido por decreto de la Junta revolucionaria; cuyo portal, preciosa muestra de la transición del gótico al renacimiento, se conserva en los pórticos de las casas consistoriales deshecho y completamente abandonado.

DESCUBRIMIENTO DE NUEVOS DÓLMENES CELTAS EN ALAVA.

Primera de agosto de 1871.

Sr. Director de LA ILUSTRACION DE MADRID:

Muy señor mío: En una excursion rápida que acabo de hacer al valle de Cuartango en esta provincia, acompañado del Sr. D. Sotero Mantel, académico correspondiente de la Historia, con objeto de reconocer algunos vestigios arqueológicos, hemos tenido la satisfaccion de determinar tres sepulcros celtas, hasta hoy desconocidos é ignorados.

El pueblo celta en su paso por estas regiones habia dejado señales en los dólmenes de Eguilaz y Escalmenadi, cuyo estudio está hecho ya, pero no se sabía que doblando el estrecho ó angostura de La Puebla hubieran ocupado el valle de Cuartango. Éste está formado por la sierra de Badaya y las de Arcano y Santiago, que dejan entre medio un espacio llano de dos leguas, en el cual hay hasta diez y nueve aldeas pequeñas. Cruzan el valle el río Bayas y el ferro-carril de Miranda á Bilbao.

El día 24 por la tarde llegamos á Anda, una de dichas aldeas, y nos dirigimos á visitar unos amontonamientos artificiales de tierra cuya rara figura nos llamó la atencion, y en los que nos habian dicho que existian piedras colosales, llevadas allí desde lejos.

La forma cónica de los montículos, el estar aislados en medio del llano, y los detalles que á la ligera nos dieron al hablar de ellos, nos hicieron creer en la posibilidad de que fueran dólmenes celtas, efectivamente, en cuanto los vimos quedó confirmada nuestra creencia.

El primero que examinamos es pequeño, formado por seis piedras, sin cubierta, vacío y rodeado de tierra.

El segundo es colosal, descubierto tambien, relleno de tierra aún, y cuya que tapa, mide 2,22 metros de anchura y largura y 0,60 metros de grueso, pesa 500 arrobas. Todas las piedras que los forman son de mármol negro sin labrar, llevadas allí desde las magnificas canteras que existen en Anda, á la distancia de 1500 metros. El montículo que cubre á éste está cubierto de robles jóvenes, espinos, madreselvas y otros varios arbustos.

El tercero está completamente enterrado y tambien sin cubierta.

Los tres están situados como á la distancia de cien metros uno de otro formando un gran triángulo.

En la proximidad de la aldea de Sendiandano hay otro montículo, que no visitamos y que indudablemente debe encerrar otro sepulcro.

No pudimos detenernos á hacer las escavaciones y estudios necesarios, y si lo haremos en cuanto enviemos á la Academia de la Historia un plan de investigaciones generales de esta provincia.

Este descubrimiento, que viene á añadir una página más á la historia primitiva de nuestro pueblo, ha colmado nuestras esperanzas en esta excursion; y los académicos é ilustrados escritores Sres. Amador de los Ríos y Cárdenas vieron ayer y vieron con complacencia suma los ligeros croquis y apuntes que tomé sobre el terreno.

Los diarios y publicaciones del país publicarán más adelante la reseña de la excursion.

De Vd. afectísimo S. S. Q. B. S. M.

RICARDO BECERRA DE BENGUA.

LOS QUIJOTES Y LOS SANCHOS.

DIALOGO DE ULTRATUMBA.

La escena se en el Eliseo, lugar habitado por los más grandes genios que han existido en la humanidad. Verdes y malvaesiones praderas en las que conversan animadamente las almas. Llegan Cervantes, y dirigiéndose hacia el Quivote, estaban ambos al diálogo siguiente:

QUEVEDO.

¿De dónde venis, Sr. Cervantes?

CERVANTES.

De la tierra. Ya sabéis que esa nueva secta de los espiritistas no nos deja reposar un momento. No hace mucho que uno de ellos ha tenido el capricho de evocarme, y yo, que no he perdido la afición á nuestra vieja España, he bajado, le he dicho cuatro sandeces que le han llenado de admiracion y que le pondrán en ridículo cuando las publiques, y he aprovechado la ocasion para darme un paseo por Madrid. Con este motivo he visto mi estatua, que cada vez me parece más raquítica; he entrado en un café y he escuchado la conversacion de varios literatos que tenían la bondad de ocuparse de mi persona, diciendo cosas tales que verdaderamente estoy maravillado y suspenso.

QUEVEDO.

Pues ¿qué decían?

CERVANTES.

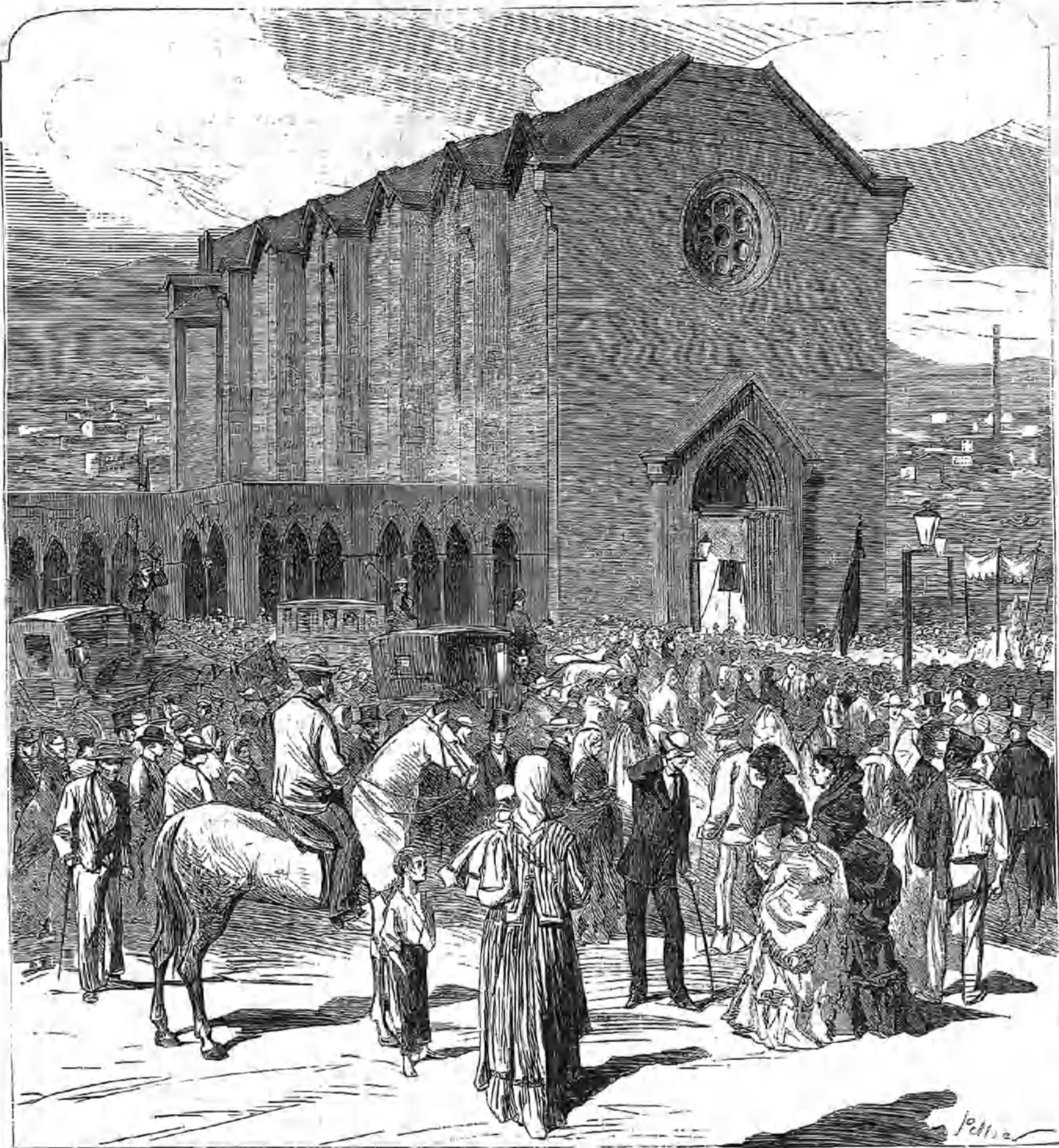
Cosas estupendas. Decían que mi *Don Quijote* es la epopeya de la humanidad; que en él se retrata la oposicion fundamental y eterna entre lo ideal y lo real, entre el espíritu y la materia, entre lo subjetivo y lo objetivo, y otras palabras de este jaez que todavía no he llegado á digerir. Otros sostenían que yo era libre-pensador, apóstol del racionalismo y la democracia y otras linderas. Algunos afirmaban que en *Don Quijote* habia retratado al gran emperador Carlos V; en suma, cada uno dijo su correspondiente desatino, conviniendo á la postre todos en que los libros de caballería no me preocupaban gran cosa, y que en resumen, mi novela tenía un sentido oculto elevadísimo y profundo, y tal que ni el mismo Sócrates es digno de desatarle los zapatos. Ved cual habrá sido mi admiracion al escuchar tales conceptos. Si tenían razon los que eso dicen, por fuerza soy loco rematado, cuando no insigne necio; pues ¿qué otro nombre merece quien proponiéndose tan solo concluir con la perversa ralea de los Amadises y los Esplandianes, hace sin saberlo cosas tan admirables? ¡Fíjese yo! ¡Conceder yo de esa oposicion entre lo subjetivo y lo objetivo, y lo ideal y lo real de que hablan esos caballeros! ¡Pues ciertamente que eran buenos aquellos tiempos nuestros para ocuparse en tales zarandajas! ¡A buen seguro que si el Santo Oficio hubiera sabido que yo pensaba en lo subjetivo y lo objetivo, hubiera tardado mucho en sacarme en procesion en una de aquellas devotas ceremonias de que tanto gustaban nuestros contemporáneos!

QUEVEDO.

No se asuste por esas cosas, Sr. Cervantes. De filósofo y libre-pensador y cosas peores me califican á mí todos los días, y no se me da por ello una liga. Apenas hay poetilla que no me saque á relucir en sus engendros, ora presentándose como excéptico sombrío, ora como bufon necio, ora como zarzador de reglas voluntades, y yo me quedo impávido y dejo que la necedad triunfe, y hasta veo con indiferencia que se me atribuyan todas las frialdades, bufonadas, obcecidades y sandeces que inventan los gacacilleros. Esta es la suerte de los que llama el género humano grandes hombres, acaso porque fueron grandes locos. En vida los desprecia ó los persigue, en muerte los calumnia, los desconoce ó pretende honrarlos de tal suerte que la honra que les da antes es vilipendio que recompensa. Y ademas, ¿quién os dice que esos caballeros no tienen razon?

CERVANTES.

Pero tened en cuenta, Sr. Quivote, que bien claramente manifesté mis propósitos cuando al concluir el libro de *Don Quijote* decía estas palabras: «Y yo quedé satisfecho y ufano de haber sido el primero que gozó del fruto de sus escritos enteramente como desea-



INAUGURACION DE LA IGLERIA DE JINQUERAS (BARCELONA).

«¡Uba, pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías, que por las de mi verdadero *Don Quijote* van ya tropezando, y han de caer del todo sin duda alguna.» «¿Lo queréis más claro, por ventura? ¿Dónde está ahí lo ideal y lo real y todas esas palabras que Dios confunda?»

QUEVEDO.

«Cuando el muchacho arroja la piedra, es su propósito solamente probar la fuerza de su brazo, y sin embargo, la piedra acaso llega donde él no quisiera ponerla ni

por mientes. Cuando el genio, devorado por esa calentura que llaman los hombres inspiración, sin duda porque viene del cielo, arroja sus ideas sobre el mundo, quizá su obra alcanza á donde él ni remotamente pensó llegar. No pensaba Alejandro en preparar el camino al cristianismo, y tal fin, sin embargo, el resultado de sus empresas. Intentó César salvar á Roma librándola del yugo de los patricios, y sólo consiguió acelerar su ruina. Limitábase Lutero á reformar los abusos de la Iglesia, y su reforma ha sido devorador incendio que amenaza concluir con el santo edificio que tiene sus cimientos en el Gólgota. Si tal es la distancia que media entre

los propósitos y los resultados en toda obra de nuestra mísera naturaleza, ¿qué mucho que queriendo solamente concluir con los Amadises, hayais llevado á cabo sin saberlo la colosal empresa que os atribuye la posteridad?»

CERVANTES.

«¿Habéis de veras, Sr. Quevedo? Por cierto que me ponen en cuidado vuestras palabras.»

QUEVEDO.

«De veras hablo, Sr. Cervantes. Para combatir los libros de caballerías no hallásteis más oportuno remedio



EXCMO. SEÑOR DON LUIS GONZALEZ BRABO.

que pintar en vuestro D. Quijote los efectos desastrosos á que llevan tan desatinadas lecturas, y para ello le fingisteis loco y le pusisteis buscando en la sociedad de nuestro siglo ideas y costumbres que eran propias de los siglos pasados, con gran detrimento de su razon y de sus costillas. Disteis por contrapeso á sus locuras la maliciosa simplicidad de Sancho, que continuamente le advertia de su yerro y le presentaba la fria realidad como correctivo á sus dislates, pero que le seguia y no pocas veces le halagaba movido de la codicia y ansioso de ganar el suspirado gobierno. Al principio la lectura de vuestro libro produjo el resultado apetecido, y el vulgo no vió en él otra cosa que lo que veia su propio autor. Pero andando los tiempos, y cuando *Don Belianis* y *Palmerin de Inglaterra* dormian en la tumba del olvido, vuestro libro siguió viviendo y creciendo en fama, y los hombres vieron en él lo que ántes nadie habia visto, ni siquiera el autor. Vieron que hay muchos Quijotes y muchos Sanchos; que los ha habido y

los habrá siempre; que, en suma, D. Quijote y Sancho son eternos en la vida y en la historia. Vieron que vuestras inmortales creaciones eran tipos y ejemplares acabadísimos que retrataban con vivos colores toda una faz de la humana naturaleza; que D. Quijote era el idealismo ciego que la fantasia engendra y el corazon acalora y que el entendimiento y la sana razon no contrapesan, al paso que Sancho era el calculador egoismo, el positivismo frio y mezquino, fruto amargo del entendimiento y la experiencia cuando no son acompañados de la idealidad y de los sentimientos nobles y elevados. Entonces hallaron en vuestra novela, no una crítica de los libros de caballerías, sino un drama elevadísimo y profundo cuyo asunto era la colision eterna, la oposicion constante entre lo ideal y lo real, entre lo teórico y lo práctico, entre la utopia y la rutina, y obedeciendo á una lógica tan expuesta á error como todas las lógicas, calificaron de pensador profundo y filósofo trascendental al alegre y maleante soldado de Lepanto, y propa-

laron como moneda corriente esos extraños juicios que con razon os han llenado de asombro ántes, pero que os deben parecer naturalísimos ahora.

CERVANTES.

Piense que teneis razon, amigo Quevedo.

QUEVEDO.

¿Que la tengo decís? Volved los ojos hácia la tierra, aprovechad esta admirable propiedad de la doble vista de que los espíritus nos hallamos dotados, penetrad, mediante ella, en la conciencia de los hombres, y ved qué variada procesion de Quijotes y Sanchos va desfilando ante vuestros asombrados ojos.

CERVANTES.

Por cierto que son muchos y de muy diferentes clases y cataduras. A lo que veo, apenas hay en todas las condiciones y categorías hombre que no sea Quijote ó San-

cho, ó lo que es más extraño, ambas cosas á la vez. ¡Maravilloso espectáculo, por vida mía!

QUEVEDO.

Reparad atentamente en aquel grupo de hombres macilentos y ensimismados. Aquellos son los *Quijotes de la ciencia*. Enamorados de esa engañosa Dulcinea que se llama *verdad*, y que cada uno de ellos piensa tener ante los ojos, siquiera sea tosca labradorá la que reputa pergamada princesa, caminan por la vida atentos sólo á la propia idea y completamente divorciados de la realidad, y lo que es peor, del sentido común. Fórjanse un sistema que quizá juzgan original y nuevo, y que suele ser remendada vestimenta que encubre añosos errores. Déjanse guiar dócilmente por la autoridad de un maestro que acaso nunca llegó á entenderse á sí mismo, y creen los infelices que es inspiración libérrima de su propia conciencia lo que es eco lejano de alguna enseñanza. Enciérranlos en su sistema como el gusano en el capullo, y como él piensan que el mundo entró en este mismo capullo, y que todos los mortales deben estar formados á la usanza de los gusanos. Todo pensamiento que con el suyo no conforma es para ellos error pernicioso; toda vida que no se ajusta á la suya es corrupción intolerable. Persuadidos de la propia infalibilidad cuanto de la propia perfección, ni toleran que se dude de la primera ni que de la segunda se murmure. Hombres de una pieza, determinan toda su vida, hasta en los menores detalles, según sus ideas preconcebidas, y lo que es peor, imponen á los demás, sopena de excomunion, la obligación de tomarlas por modelo. Exclusivos é intolerantes, aunque de tolerantes y flexibles hacen gala, desprecian toda ciencia que no es la suya y compadecen á todo espíritu que no va por su camino. Hablad á uno de ellos, que sea naturalista, de las especulaciones filosóficas, y os dirá que esas vacías abstracciones nunca proporcionarán al género humano el raudal de ventura que engendra el exacto conocimiento del coque de un insecto ó del sistema nervioso de una lagartija. Habladle, por el contrario, al filósofo de las ciencias naturales, y os replicará que esas ciencias, ráducadas hoy á un mecánico empirismo, no pueden ofrecer áfros resultados, y os demostrará que sólo estudiando en la conciencia la relación de lo infinito y lo finito, se pueden conocer las propiedades del ácido sulfúrico. Entre estas diversas clases de *Quijotes científicos*, los más temibles y peligrosos son los que profesan ciencias morales, al paso que los naturalistas ó los eruditos son de todo punto inofensivos. El *Quijote filósofo*, moralista ó economista, sale á las camineras poseído de santo celo á enderezar entuertos y desfaetar agravios; sueña con la redención de la humanidad, aspira á curar sus males con el maravilloso bálsamo de sus doctrinas, y no pocas veces, como vuestro héroe manchego, pone en libertad á los galotes, dispersa á lanzadas las ovejas, ó propina al género humano un nuevo bálsamo de Hierabrás, que le produce análogos efectos á los que experimentó Sancho cuando para mal de sus peñados obedeció en la venta las prescripciones higiénicas de su amo. Más inocente el *Quijote naturalista*, trepa por los riscos, desciende á los precipicios y vadea los torrentes para volver al seno de las academias á presentarlas, poseído de gozo infantil, alguna nueva especie de insectos que tiene una pata más que los restantes, con cuyo maravilloso descubrimiento queda más ufano que Cristóbal Colón al ver por primera vez las playas del Nuevo Mundo. No es ménos inofensivo el erudito arqueólogo ó anticuario que llega á determinar con certeza la verdadera causa de faltar una coma en tal edición de vuestras obras ó las mías, coma que no falta en las restantes ediciones, á á fijar con precisión la forma que tenían las espumaderas de los carpetanos.

(Se continúa.)

A. HEIMAN.

MONTSENY.

El dibujo que con este epígrafe publicamos en la página 272 representa uno de esos sitios pintorescos que en los estribos del legendario monte de Montseny sorprende al artista por la variada y robusta vegetación, y por los accidentes de las capas terrestres que caracterizan de una manera especial á las deliciosas montañas de Cataluña.

La vista está tomada en el camino que conduce, á través del bosque, al valle encantador de Palantordera, al pie del Montseny.

EUGENIA DE GUZMAN.

Al honrar las columnas de *La Ilustración* con el hermoso retrato de una compatriota ilustre, no tenemos el propósito de escribir una biografía, ni mucho ménos el de emular la elocuencia sencilla del buril con un artículo encomiástico. La biografía de Eugenia de Guzman envolvería la apreciación histórica de la crisis política y social más profunda que han presenciado las generaciones modernas, empresa que exigiría un espacio de que no disponemos, una publicación de otra índole, y el talento condensador de los biógrafos que, como lord Macanlay, saben reflejar en una figura el espíritu de una época, imprimiendo á sus trabajos toda la trascendencia de los estudios políticos, filosóficos ó literarios que sirven de luz á la historia. Más fácil sería envolver á la ilustre española que es objeto de estos renglones en las nubes de incienso del panegírico, rindiéndola un homenaje vano y desahucado, como lo es todo aquel que no procede de un entusiasmo reflexivo; pero esto nos parecería indigno de nuestra bella compatriota, porque, como dice muy bien un erudito escritor, el panegírico lleva en sí dos gérmenes de muerte, uno en el fondo y otro en la forma; en el fondo por la exageración del elogio, en la forma por la necesidad de sostener un tono oratorio desprovisto del sentimiento y de la convicción que son indispensables para comunicar el calor de los afectos.

Eugenia de Guzman es una de esas figuras bellísimas que no necesitan deslumbrar con grandes efectos de luz; un rayo de sol, un resplandor de verdad la bastan para aparecer espléndidamente dotada de raras atractivos. ¿Para qué deslumbrar los ojos cuando se busca el contorno puro, la sobria realidad de un tipo de gracia y de hermosura? La historia dirá, sin necesidad de abdicar el severo criterio de la verdad, hasta qué grado admirable la mujer que en un momento solemne de nuestra historia contemporánea dejó inopinadamente el estró de la elegancia y de la discreción para compartir los honrosos cuidados de un imperio que presidía los destinos de Europa, supo encontrar en el infortunio aquel temple de alma, aquella noble altivez, aquella constancia admirable, aquella prudencia serena que han sido siempre caracteres distintivos de nuestra aristocracia histórica, y que tanto realzaron el prestigio de la institución monárquica, profundamente arraigada en el sentimiento nacional. No cabe en los límites ni en el objeto de este artículo ese estudio político. Nosotros habremos de limitarnos á trazar ese bellísimo perfil de mujer que en la ocasión solemne trucea la sonrisa de las gracias por la severa majestad de los héroes y que, cualquiera que sea la fisonomía con que se ofrezca á nuestros ojos, impónese irresistiblemente á nuestra simpatía. ¡Envidiable privilegio pocas veces reservado á las entidades que, como Eugenia de Guzman, se han elevado á la cumbre de las grandezas humanas!

Tipo de belleza, en el país de las mujeres bellas; dotada de esa que podemos llamar la aristocracia de la discreción, esto es, de la discreción que tiene horror á lo vulgar, la condesa de Teba, en los días prósperos de su vida, llega á ser en su patria la reina de los salones, pero reina indiscutible, indestronable, rodeada de ese prestigio proverbial que no depende de los caprichos de la moda; esposa de un soberano poderoso, la emperatriz de los franceses cae, en sus días de infortunio, de las escabrosas alturas donde la llevaron sus méritos personales, y no encuentra enemigos en la caída; la desgracia se muestra con ella magnánima y generosa; la veudez, pero no la humilla; la muestra el camino del ostracismo, pero le siembra de flores; la arranca de las sienes una corona imperial, pero las ciñe con una aureola de universal simpatía. ¿No es esta una rara excepción que servirá de gran consuelo á nuestra compatriota? ¡Oh, que raras veces se encuentra un suelo tapizado de flores al caer desde lo alto de ese pedestal en cuya base hierven las pasiones humanas y se agitan los destinos de los pueblos! Eugenia de Guzman; abandonando con ánimo sereno y la cabeza erguida aquella metrópoli del desorden en donde las furias de la anarquía preparaban la orgía de sangre y de esterminio más repugnante que han presenciado las modernas generaciones, es un alto y hermoso ejemplo del respeto que impone el infortunio arrojado con heroísmo y sobrellevado con dignidad.

Cuando en 1803 la condesa de Teba unia su suerte á la de Luis Napoleón, los encomiadores de los días felices, los biógrafos de la prosperidad, los adoradores del sol levante, observaron con esa inteligencia perspicua, ó con ese don de profecía sin las cuales la adul-

cion no podría anticipar á manos llenas la alabanza, que la heredera de los Guzmanes, la descendiente de reyes, poseía todas las dotes que su imperial consorte hubiera podido buscar en una princesa nacida y educada para compañera de un monarca encargado de regir un pueblo de treinta y seis millones de habitantes, y lo que es más, de sostener el concierto europeo en momentos en que todos los grandes príncipes, todas las grandes ambiciones, todos los grandes intereses que han regido á los hombres, agitado las sociedades y dividido el mundo, entraban de consuno, y como por efecto de una crisis suprema, en un período de terrible ebullición. Los espíritus reflexivos estaban lejos de participar de esta ciega confianza; limitábase á desear sinceramente que la ilustre desposada no tuviese que arrepentirse muy pronto de haber trocado una existencia fácil y brillante por un sendero de abrojos; temían con razón que la reina de los salones, acostumbrada á ejercer un imperio omnímodo en los altos círculos donde reinaba por la belleza y el talento, no encontrase atmósfera respirable en sus nuevos dominios, bajo aquel dosel levantado por una tormenta y sobre el cual mugían sordamente los huracanes del porvenir.

¿Quién podía imaginar en aquellos momentos que la ilustre dama que renna en tomo suyo, en sus salones de la plaza del Ángel, cuanto había de más notable en la corte por la posición, el talento y la fortuna; que aquel dechado de gracia y bizarría española en quien los encantos de la mujer, los refinamientos de la elegancia y el prestigio de la cuna revestían ese carácter eminentemente simpático que en las organizaciones superiores es el reflejo de un esquisito sentimiento de lo bello, escondiéndose entre aquellas cualidades amables, como un diamante entre flores, el germen de un gran carácter, la serena majestad de una reina?

Los tímidos se engañaron. Eugenia de Guzman era capaz de ceñir una corona de espinas y de ilustrar á su patria con el ejemplo de altas virtudes. Las que ha desarrollado en su vida privada como madre y como esposa, son harto notorias; no hay para qué encarecerlas; su consejo ha pasado más de una vez en la balanza en que fluctúan los destinos del mundo, y cuando los pueblos, arrebatados por la pendiente de un racionalismo soberbio, planteaban franca y perentoriamente la cuestión de las cuestiones, la de saber si las sociedades han de reemplazar á Dios con el hombre, á la fe con la moral, quizá entre los campeones menos ostentosos, pero más eficaces, del catolicismo, se cite el nombre de una mujer ilustre. Por de pronto la España de San Fernando no tiene por qué mostrarse avara de esta palma con la nieta de tantos y tan esforzados adalides de nuestra fé.

Este tierno protectorado es uno de los rasgos que más contribuyen á realzar el carácter poético de la ex-emperatriz de los franceses, tan bello, tan noble, en los últimos días de su reinado.

El poema de dolores de Eugenia nos recuerda á veces los pasajes más bellos, más patéticos de nuestros poetas profilitos. Nos parece que esa belleza ha emblesado más de una vez nuestra fantasía y conmovido nuestro corazón. ¡Que esa madre de un príncipe destinado al ostracismo ha servido ya de nímfo á algun poema inmortal! No se apartan de nuestra memoria los momentos que precedieron á esa guerra sangrienta en que la mole y la disciplina debían sobrepujar el ideal de Federico el Grande... Eugenia se separa del hijo y del esposo; la conciencia de su deber la retiene dentro de los muros de aquella nueva Troya donde en breve han de reinar el exterminio y el incendio. Pues bien, en ese adiós de la madre y de la esposa, Eugenia nos recuerda, no sabemos por qué extraña filiazion de ideas, la patética desgudida que Virgilio pone en boca de Creusa, cuando al separarse para siempre de Eneas le conjura á que ponga todo su amor en Ascanio, y nos parece que de los labios de la princesa moderna han salido estas hermosas frases, corregidas por el sentimiento cristiano:

... *Ma magis deum Genitrix his detinet oris.*
Tamque vale, et nulli serva communis amorem.

¡Oh! pero á la bella sombra que evoca el poeta manzuano le falta la aureola de la lucha, el noble prestigio del infortunio libre. Si esto no fuera un siglo de discusión y de lucha á quien está vedado el recogimiento; si el sentido poético no fuera la antitesis de este movimiento febril que afecta los caracteres de la fuerza aún encontrar aún los de la armonía, el poema de Eugenia de Guzman encontraría cantores dignos de ella; que á lo ménos la musa de la historia, al bosquejar el sombrío cuadro de una terrible epopeya, coloque á la luz que le corresponde la noble figura de nuestra compatriota.

Eugenia regresa á su patria: la voluble fortuna nos la devuelve, la deidad caprichosa nos depara esa ventura, como si quisiera compensar la eternidad que ha ejercido con ella, con la dicha que á nosotros nos proporciona. Los que han conocido á la condesa de Teba en el apogeo de la gracia y de la belleza; los que han admirado en los días felices las flores frescas y perfumadas de su juventud, podrán ahora descubrir en ella un encanto de más valía, un atractivo más impercedero, el de la belleza en cuya frente han proyectado su sombra las alas del infertunio. ¡Dichosas las organizaciones en quienes lo bueno, lo exquisito, lo delicado, no se altera sino para revestir apariencia más simpática y carácter más noble y levantado! ¡Dichosa la belleza que guarda en su alma un reflejo de luz superior para aquilatar sus encantos en los días de prueba y hacer más interesante su reinado en las horas del dolor.

La brillante princesa ha dejado entre los abrojos las galas deslumbradoras. No ha muchos años que la vimos pisar el suelo de la patria. Estaba más hermosa que nunca... ¿cómo no, si era madre? Nos parecía dichosa, no como una reina, ¿quién cree ya en la dicha de los reyes? Dichosa, como la mujer superiormente organizada, en quien ha verificado su inflexible expansión el más sublime, el más puro de los sentimientos con que se ennoblece la naturaleza humana. La volveremos á ver ahora en la plenitud de otra belleza menos deleznable: era madre, y ha temblado por el hijo; era esposa, y ha temblado por el esposo; era reina... y no ha temblado por sí misma. ¿No ha de parecerse más interesante que nunca? Al abandonar á España para subir las gradas de un trono, no daban sombra á su frente más que las rosas de su corona de desposada; hoy trae escritas en ella estas tres palabras que resumen el poema de lágrimas de la mujer: Amor, abnegación, deber. Viene á abrazar á los suyos, mientras la Francia, próspera y poderosa bajo el imperio del príncipe que la eligió por compañera, aunque amenazada de muerte por el materialismo, y narcotizada entre las flores de la falsa gloria, procura cancerizar las llagas que hoy devoran su seno, y encontrar el rumbo incierto y escabroso de sus nuevos destinos. ¿Qué saldrá de ese caos en cuyo seno rugen todavía los huracanes que amenazan devastar el mundo? ¿En dónde residirá de hoy más la fuerza poderosa que acaba de perder la Francia? El egoísmo, la ambición rompen los frenos que los contenían; el pavoroso cosmopolita de la anarquía multiplica sus legiones y acecha por todas partes el momento de levantar la piqueta niveladora. Las sociedades amenazadas necesitan un centro de inteligencia, un puesto avanzado que oponer al combate del común enemigo. ¿En dónde los amontonarán? El problema es perentorio; por desgracia en nuestro siglo los males caminan de prisa; los remedios salvadores parecen que llevan en su seno un principio de marasmo. Hace más de sesenta años que discutimos; hemos conseguido reducir á opiniones las leyes de la moral, los principios religiosos, las doctrinas de la filosofía, y cada día parece que nos alejamos más de esa omnipotencia de la opinión con que pretendemos instituir toda autoridad. Nuestro siglo está sujeto á extrañas y formidables recaídas; en el seno de nuestra orgullosa civilización, levántanse todavía los genios sombríos de la barbarie: una ambición titánica puede á su arbitrio destruir y levantar imperios, humillar á las razas bajo el carro de los antiguos conquistadores, sin que esa conciencia universal que pretendemos ejercer la soberanía de la razón, arme su brazo para defenderse contra el exceso ó para imponer un límite á la fuerza trastornadora. El fenómeno es grave, gravísimo. La fuerza erigida en árbitra soberana del derecho! Gran desdoro, gran retroceso, amargo desengaño para nuestro siglo!

¡Oh! Perdona nuestra ilustre compatriota si al ofrecerte una muestra de afecto, de admiración y de respeto, la recordamos el sendero de espigas que acaba de recorrer. No es nuestra la culpa si la bellísima aureola de que viene ceñida se relaciona con la crisis más profunda, con la catástrofe más terrible que recuerda la historia moderna; no es nuestra la culpa si la incapacidad convulsión que ha arrancado de su frente una corona, despierta inevitablemente en todo espíritu reflexivo la duda y el temor. Mejor fuera que el nombre de Eugenia de Guzman no nos inspirase sino palabras de júbilo y alborozados parabienes; pero somos cortesanos tardíos de las grandezas de este mundo; siempre las llevamos nuestra humilde ofrenda en los días del abandono, cuando el templo no resuena con los acentos de la muchedumbre, cuando no quedan en su recinto más que los fieles. Por fortuna no son tan raras como se cree los que guardan el grano más puro de incienso de su corazón para la adversidad noblemente arrostrada,

y hay muchos que saludarán á Eugenia de Guzman como á nosotros nos agrada saludar á los astros: en su ocaso... y deseándoles una nueva aurora.

PEREGRIN GARCÍA CADEXA.

SILLON DE CAMPAÑA DEL EMPERADOR CARLOS V.

Este sillón se conserva en la Real Armería, señalado con el número de orden 2408; es de madera y baqueta con refuerzos de hierro sobredorado y en sus largas capigas se colocaba un toldillo ó quitasol.

Aunque en la clasificación de los artículos que contiene la Real Armería se han cometido algunos errores, por fortuna pocos, y apesar de que aún corren como verdades ciertas vulgaridades que rechaza la sana crítica, no puede ponerse en duda que el precioso mueble, cuya copia fidelísima publicamos hoy, perteneció al emperador Carlos V de Alemania y I de España, ni que hizo uso frecuente de él en sus gloriosas campañas; pues es sabido que nuestra magnífica Armería, envidia de las cortes que poseen otras colecciones de esta especie, fué fundada en el edificio que actualmente ocupa por Felipe II, el cual dispuso que se depositaran en ella muchos objetos, y entre ellos esta silla, que habian pertenecido á su señor padre.

BIBLIOGRAFÍA PORTUGUESA.

La aristocracia del talento y de la hermosura sentadas en la antigüedad, por José Palmella, precedido de un juicio crítico de Julio César Machado.

El escritor portugués Sr. Palmella, acaba de dar á la estampa en Coimbra la segunda edición del libro cuyo título sirve de epígrafe á estas líneas, y aunque llega á nuestras manos cuando el número de LA ILUSTRACION DE MADRID ha entrado ya en prensa y no hemos tenido tiempo para otra cosa que para leerle y saborear su prosa castiza y fácil, sus bellezas de estilo y la novedad de que ha sabido revestir la materia de que trata, nos creemos obligados á decir algunas palabras sobre esta interesante obra.

El autor era ya de antiguo y ventajosamente conocido en la república literaria porque ha publicado varios opusculos muy apreciables (aunque no estemos de acuerdo con las opiniones políticas que en ellos campean), como *Victor Hugo, en regreso á París, ó una página de su vida*, y *Lamartine, su vida y sus últimos momentos*; ha traducido á su idioma patrio alguno de los más notables discursos de nuestro elocuente orador Emilio Castelar, anotando y comentando dicho discurso; y no se ha propuesto en la ocasión presente escribir un libro erudito y académico, sino una obra ligera y amena.

Los que lean en su portada los nombres de Semíramis, Saffo, Corina, Aspasia, Phryné, Cleopatra ó Hypatia, y sospechen que Palmella ha intentado hacer investigaciones históricas profundas, y un estudio prolijo acerca del carácter de esas famosas mujeres, de su tiempo y de la influencia que ejercieron en la sociedad en que tanto brillaron, no conciben el propósito que ha movido la elegante pluma de nuestro autor. Palmella se presenta ante el tribunal de la pública censura como un historiador sin pretensiones de sabio, siéndolo; sin deseo de enseñar sino con el de deleitar, y según nos dice en su prólogo, al sacar á luz el que lleva su modesto trabajo, no sólo ha querido manifestar su ardiente entusiasmo por algunos verdaderos genios femeniles, estrellas radiantes en el cielo del paganismo, su espíritu y sus gracias, sino también combatir indirectamente la opinión de los que piensan, como Napoleón, que las mujeres más grandes son las que más hijos dan á su patria.

G.

EXCMO. SEÑOR DON LUIS GONZALEZ BRABO.

SI LA ILUSTRACION DE MADRID no fuese un campo neutral para la política, dedicaríamos un largo artículo biográfico al hombre que tan importante papel ha desempeñado en nuestras más suculentas luchas de partido: están muy recientes aún graves sucesos de nuestra historia contemporánea, para que nos juzguemos con ánimo completamente sereno é imparcial para emitir un juicio desapasionado acerca de su historia.

Pero si como representante de una idea política nos abstenemos de juzgarle, como orador, el Excmo. señor

D. Luis Gonzalez Brabo ha dejado un lamentable vacío en la tribuna española. Amigos y adversarios le reconocen: unos y otros se conmueven de que aquella elocuente voz haya enmudecido.

Cuando desde el banco azul ó los de oposición el orador se levantaba, obtenía siempre del auditorio esa atención, ese silencio que logran solamente los grandes oradores. Y sus brillantes períodos, pronunciados con robusta entonación y acompañados de una acción verdaderamente artística, componían un conjunto armonioso y bello, al que debió tantos triunfos parlamentarios y tantas tempestades en las tribunas, á las cuales se sobreponía su robusta voz y enérgico carácter.

Las vicisitudes políticas, que lo habian elevado á los primeros puestos del país, le han obligado á morir en el destierro.

F.

LA BENDICION DE LA MESA.

Nuestro periódico publica frecuentemente, siempre que puede hacerlo, dibujos del malogrado artista Valeriano Becquer, y continuará honrando así sus plantas con las producciones de aquel distinguido pintor de costumbres populares españolas, hasta que hayamos grabado el último de los apuntes que poseemos entre los que dejó, cuando le sorprendió la muerte, el fecundo é inolvidable artista.

Becquer, ya lo hemos dicho repetidas veces, habia consagrado su vida al arte, apuntaba y dibujaba mucho; rodando de meson en meson, de pueblo en pueblo, parándose hoy en una damantelada venta y ayer en la tranquila casa de un labrador acomodado, contemplando otro día las maravillas de nuestro suelo y la hermosura del cielo de España, ó empleando largas horas en el estudio de los más notables monumentos, llevaba su espíritu analítico, observador y penetrante á todo lo que veía, á cuanto podía impresionar su imaginación fertilísima, su talento profundo y á la vez brillante. Nosotros conservamos el fruto de esas impresiones, ligeramente trazadas sobre el papel, como un depósito sagrado; y además nos hemos impuesto la obligación de ir dándolas á conocer á nuestros ilustrados lectores, que sabrán apreciar no sólo el mérito de estos apuntes sino lo que hubieran dado de sí al trasladarlos su autor al boj con la corrección y manera que le eran peculiares, porque oímos mil veces de sus labios que hacia estos bocetos para LA ILUSTRACION DE MADRID, á la que amaba como un padre ama á su hija.

Viajaba Becquer por la provincia de Ávila y entró cierto día á descansar en la pobre casa de un infeliz labriego que en aquel momento se disponía á comer, acompañado de sus hijos y nietos; despues de los saludos de estilo, Valeriano suplicó al jefe de la honrada familia que no alterase sus horas, método y hábitos, y que le permitiera hacer algunos garabatos; sentado en un pequeño taburete, cruzando la pierna derecha sobre la izquierda y colocando el album sobre aquella bosquejó el dibujo que publicamos en la página 261.

El anciano labrador, jefe de una familia formada con individuos de tres generaciones, rodeado de sus hijos y nietos, bendice el pan nuestro de cada día antes de comenzar la comida, piadosa y santa costumbre que no hace muchos años se observaba en la mayor parte de las casas, así en la del magnate como en las de la clase media y en las más humildes, práctica típicísima generalizada antes en nuestras ciudades y pueblos, y que aún se conserva en no pocas aldeas donde se mantiene vivo y en toda su pureza el sentimiento religioso.

Becquer copió, como siempre, del natural; trasladó á su album la realidad sin amasamiento ni exageraciones; hizo un apunte que como todos los suyos rebosa verdad, espontaneidad y gracia, imprimiéndole ese sabor de buen gusto que es el sello característico que llevan enantas obras de arte brotaron de su elegante lapiz.

G.

NAUFRAGIO DE LA FRAGATA «MELBOURNE».

Santander 1 de setiembre 1871.

Sr. Director de LA ILUSTRACION DE MADRID: Muy señor mío y especial amigo: El día 15 de agosto último á las cinco de la tarde zarpa en la bahía de la Habana el magnífico vapor correo de los señores Lopez y Compañía, que lleva el glorioso nombre de *Melborne*, y á los pocos segundos de recoger sus amarras saludaba con la bandera de Castilla y pasaba

majestuosa y gallardamente por su proa á la *Gerona*; despedíase con un cañonazo de la plaza, dejaba por la popa el castillo del Morro en cuyos muros de granito ha escrito la historia el apellido de otro ilustre marino, Velasco, el defensor de la metrópoli de aquella rica Antilla, y leíamos los pasajeros que conducía el *Mendes Nuñez* el nombre de O'Donnell grabado en el faro con letras de oro. La mar estaba bella y tendida como un lago, el cielo sereno y azul; soplabá una brisa suave y perfumada. Nuestro viaje no podía empezar mejor; todo anunciaba que sería, no sólo feliz, sino agradable.

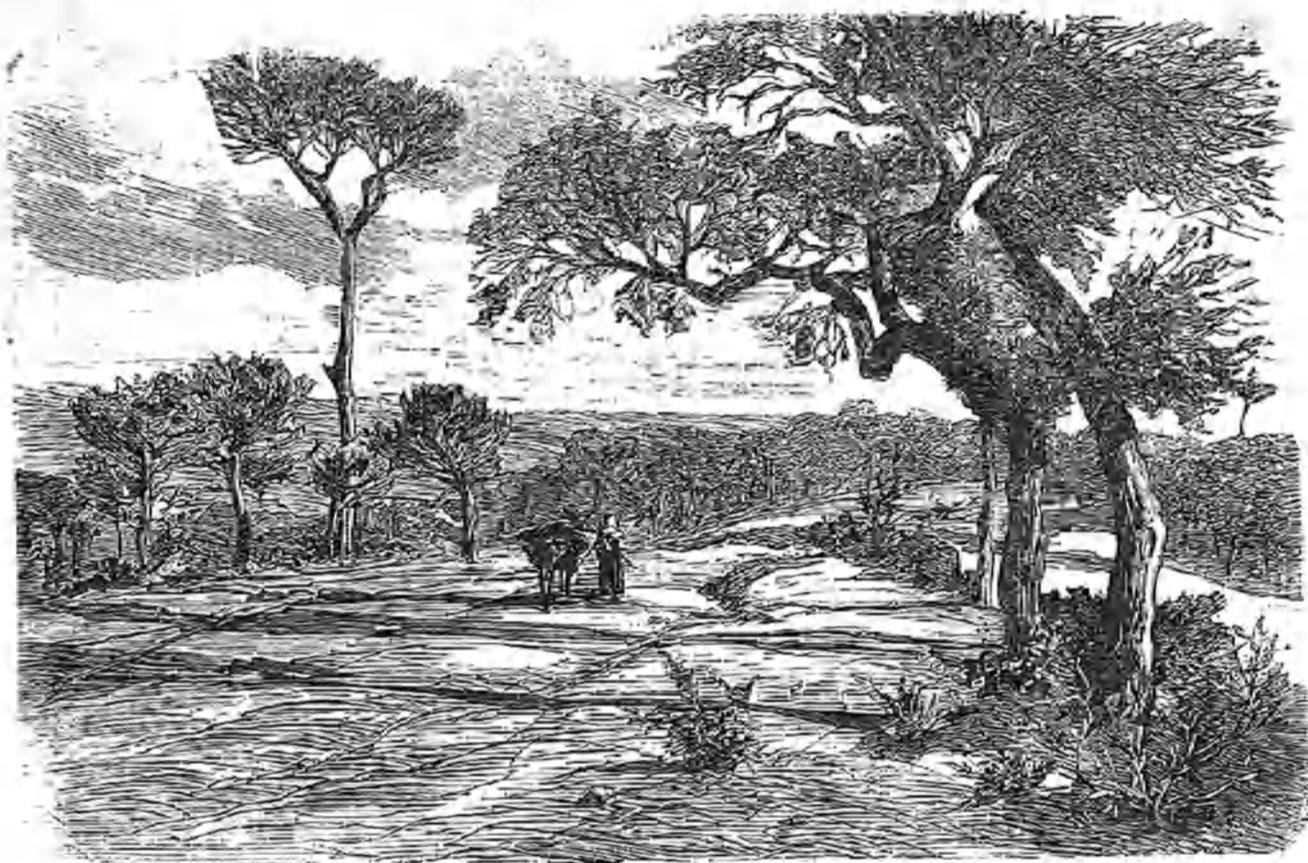
Al día siguiente la columna barométrica comenzó á descender, y luego bajaba y bajaba con una intensidad alarmante; no sólo había cambiado el tiempo, sino que se anunciaba un huracán, ese huracán de los trópicos que no se paraca á nada; momentos después el huracán nos envolvía, el cielo y la tierra parecían juntarse, y mientras el *Mendes Nuñez* se preparaba á luchar con el terri-

caron en ella seis hombres, los que hicieron por nosotros, disponiéndonos para recibirlos de la manera más conveniente y teniendo tendidos por el costado cabos y escalas de gato á fin de que subiesen, como lo hicieron aquellos infelices, cuyo bote venía sin remos ni timón, casi anegado y en el peor estado posible; manifestaron que aún quedaban á bordo de la fragata el capitán, el piloto y tres individuos más; dijoles el Sr. Las Casas que volverían dos de ellos á recoger á sus compañeros, pero se negaron á intentarlo, contestando que la empresa era imposible, no sólo por el mal estado y pequeñez de la chalupa, sino sobre todo porque de tal suerte reventaba la mar en la fragata que no había medio de atracarse á ella.

Nuestro generoso capitán, el Sr. Las Casas, comprendió que no debía perder un instante, y en vista de la rotunda negativa de aquellos seis hombres, que sin duda por haberse salvado de una muerte que parecía cierta no

No es el naufragio de la fragata inglesa *Melbourne* una de esas catástrofes espantosas de que suele dar noticias la prensa periódica; pero la conducta del capitán Sr. Las Casas y la de toda la tripulación del vapor *Mendes Nuñez* bien merecen que una revista como la que Vd. dirige haga llegar á todas partes, al gobierno de España y al de la nación en la que la *Melbourne* está abandonada, á la empresa de vapores de los Sres. Lopez, que dispone de un personal tan benemérito y de buques inmejorables, y al público en general, la noticia de este hecho honrosísimo y digno de universal alabanza. ¡Cuántos servicios menos importantes que éste, cuántos hechos menos meritorios recompensan con prodiga mano los gobiernos!

Para concluir, señor director, diré á Vd. que la fragata naufraga *Melbourne* habla salido de Cárdenas el 13 de agosto con destino á New-York, con cargamento de cuatrocientos setenta y seis bocoyes de miel y ciento



MONTSENY.

ble temporal, divisamos casi borrada por la neblina y la cerrazón una barca que corría el tiempo en nuestra latitud y rumbo.

Con la noche el huracán se desencadenó espantosamente, el peligro crecía por momentos; sólo la pericia del capitán D. Francisco de las Casas podía salvarnos, y éste, comprendiendo que era necesario retirarse ante un enemigo poderoso, maniobró con la mayor actividad y acierto, poniendo la proa á Cuba y corriendo catorce nudos volamos seis horas; pasó el peligro, la ciencia unida á la práctica vencieron á la fuerza.

Amaneció el día siguiente, 17, y abandonado ya el tiempo hicimos nuestro rumbo sin novedad; pero á la una de la tarde, hallándonos en los 27°30 latitud Norte y 73°25 longitud O., de San Fernando, con viento duro del N. N. O., mar gorda y arbolada del viento y del Norte, avistamos por la proa una fragata que tenía en el tope mayor una bandera amorronada pidiendo socorro, y que estaba completamente tumbada sobre la banda de babor, desarbolada del botalon de foque, con todo el aparejo hecho pedrazos y la obra muerta de la referida banda totalmente destrozada. Al acercarnos hicieron señales los tripulantes de hallarse en situación muy crítica, desesperada, y dispuestos á abandonar el buque. La operacion, como Vd. comprenderá, no era fácil; ofrecía grande riesgo, pues la mucha mar que había, el encontrarse la fragata medio zozobrada sin aparejo ni gobierno, la hacían dar fuertes blandosos y reventaba la mar en su costado.

Estando bastante próximos á ella por sotavento echaron al agua la lancha, con no poco peligro, y se embar-

querían comprometer de nuevo su existencia, dirigiéase á la tripulación del *Mendes Nuñez*, preguntando á nuestros bravos marinos cuál de ellos estaba dispuesto á ir voluntariamente en socorro de los desventurados naufragos; un yo unánime contestó á esta pregunta; todos, sin exceptuar uno sólo de los tripulantes del *Mendes Nuñez* se brindaron gustosos á prestar este humanitario servicio...

Embarcáronse en el bote, provistos de remos, el segundo contramaestre D. Antonio Bufort, y los marineros Rafael Lopez, José Perez, Ignacio Dominguez y Miguel Bayona, y á la media hora llegaban á bordo de nuestro vapor acompañados de los cinco naufragos que les deben la vida.

Renuncio, por no alargar esta carta, el placer de pintar aquí, señor director, el entusiasmo con que todos los pasajeros expresamos nuestra admiración y gratitud al nobilísimo capitán y á sus heroicos subordinados!... Renuncio con pena la satisfacción de narrar la magnífica explosión de ese entusiasmo. Todos contribuímos después con nuestro óbolo á formar un fondo, no despreciable, para los once naufragos y para sus salvadores, y si hablo de esto no es ciertamente para pregonar nuestra caridad, no, señor director, sino para dar á usted cuenta de otro rasgo de desprendimiento de aquellos cinco marinos, cuya conducta nunca se elogiará como merece, los cuales se negaron á aceptar cantidad alguna, diciéndonos con la más natural sencillez que *estaban recompensados superabundantemente con haber cumplido con uno de sus más triviales deberes: el de exponer su vida por salvar la de sus hermanos.*

veintidos cajas de azúcar; el día 16 empezó á refrescar el viento al O. N. O., y continuó refrescando hasta las doce de la noche, que se hizo huracán levantando mucha mar; y estando capeando mura á babor perdió las gáviyas y desarboló del botalon de foque, el cual con los golpes dados en el costado desfondó un tablon, por lo que la *Melbourne* empezó á hacer tanta agua que no podían contenerla las bombas; además, se la había corrido la carga, tal vez por ir mal estivada, sobre babor, y la mar la había destrozado la obra muerta. La tripulación se componía del capitán Mr. Jonk Barne y diez hombres más.

Hé aquí, mi estimado amigo, la relacion breve y sencilla de este acto de valor y de abnegacion que honra en primer lugar á los que lo han llevado á cabo y también á la empresa de vapores de los Sres. Lopez, que es una de las pocas que se hacen acreedoras al aplauso general por el concienzudo esmero con que presta el servicio que la está en comendado.

El *Mendes Nuñez* llegó á Santander el día 1.º del corriente mes y á su bordo este constante viajero, que comienza á cansarse de andar y navegar por esas tierras y mares de Dios y que en breve tendrá el gusto de dar á usted un apretadísimo abrazo.

X.

SOLUCION

AL TERROGLIFICO PUBLICADO EN EL NÚMERO ANTERIOR:
Las mejores visitas son las más cortas.